

Selección



LOU CARRIGAN

ALIENTO DE ULTRATUMBA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

382 — Noches negras, *Clark Carrados*.
383 — Tengo miedo, ayúdame, *Ralph Barby*.
384 — El pozo de las maldiciones, *Ralph Barby*.
385 — Horror infinito, *Clark Carrados*.
386 — El clan de la calavera, *Joseph Berna*.

LOU CARRIGAN

ALIENTO DE ULTRATUMBA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 387
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.854 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

ALIENTO DE ULTRATUMBA

Como todas las noches, Marie fue la última en retirarse a descansar.

Esto no la molestaba en absoluto, ya que también era la última en entrar en actividad al día siguiente. Marie se dedicaba casi exclusivamente al cuidado de Madame, y ésta era poco aficionada a madrugar, de modo que ambas se levantaban bastante tarde.

Pero Madame ya no volvería a levantarse jamás. Había fallecido cuatro días antes, y ahora, en su lujoso ataúd, descansaba para siempre en el panteón familiar de los Villegly. ¡Pobre Madame! Claro que tenía ochenta años en el momento de su muerte, pero había sido una mujer... especial. Sí, especial. En todo momento, Madame había sabido vivir con satisfacción, y gozar de todo cuanto su dinero, su edad y su salud le habían permitido.

Una salud formidable.

Mientras se desnudaba en la habitación que siempre había tenido en la planta baja de la villa, Marie sonreía con cierta nostalgia y simpatía. Ella tenía casi sesenta años y hacía ya tiempo que había empezado a prescindir de ciertos pequeños placeres. Como el del pernod. Hacía años que ella no bebía nada de alcohol; su salud no se lo permitía, En cambio, Madame había estado bebiendo su vespertino pernod diario hasta el mismo día de su muerte. ¡Dios, qué fortaleza la de Madame!

Y de pronto, ¡zas!, el colapso cardíaco, en plena noche.

Al día siguiente fue ella precisamente, Marie, quien se encontró a Madame ya fría, rígida. Y ahora, Madame Ariadne Villegly había dejado de beber pernod. Para siempre. Amén.

¿Qué pasaría ahora?, se preguntaba Marie, mientras se ponía el Camisón. Seguramente, las cosas cambiarían en cuanto los herederos de Ariadne Villegly fuesen puestos al corriente de las disposiciones testamentarias de la anciana. Por fortuna, había algo que ninguno de los herederos podría cambiar: lo referente a la villa donde había transcurrido toda la vida de Ariadne Villegly y muy buena parte de la de la servicial Marie.

Los herederos podrían hacer muchas cosas, pero no vender la villa, que tendría que seguir siendo residencia del Villegly de más edad al fallecimiento de la anterior ocupante. Lo que significaba, en este caso, que la villa sería ocupada por un sobrino de Madame, el amable sesentón Martin Villegly. A Marie no le parecía mal quedar a disposición de Martin Villegly, como si formase parte de la herencia. Era un hombre educado, muy considerado, y siempre la había tratado cariñosamente. Era de esperar, pues, que al pasar directamente a su servicio, seguiría tratándola con deferencia. A fin de cuentas, en la hermosa villa cercana al encantador pueblo de Villeneuve St. George, Marie ya era una institución. Habían pasado muchos criados por la villa, pero ella había permanecido siempre. ¿Y por qué no, si allí se encontraba perfectamente y Madame la trataba muy bien?

Sí, sin duda alguna Martin Villegly también la trataría afectuosamente. ¿Y qué decir de su hija, Jeannine? Esta se había casado hacía un par de años con un hombre muy atractivo y simpático, Roger Magnac. Claro, el joven matrimonio se trasladaría también a la villa. Muy bien, todos eran simpáticos y amables.

Aunque quizá el más simpático era Paul, a pesar de no ser directamente un Villegly. Su madre sí había sido una Villegly, pero se había casado con el guapísimo Alain Laurent, de modo que su hijo, el pequeño Paul, tuvo que llamarse Laurent Villegly. Bueno, de todos modos seguía siendo un Villegly.

En alguna parte, sonaron once campanadas, y Marie movió la cabeza. ¿Por qué acostarse tan tarde, si ya no era necesario? Madame había muerto, ya no la entretenía con sus charlas insomnes mientras ambas fumaban un cigarro. Podía acostarse al mismo tiempo que lo hacía Gaston y Honoré, sus dos compañeros de servicio en la villa, y levantarse también a una hora más temprana. Tendría que cambiar el horario, claro. Oh, no habría problema, se acomodaría pronto.

Marie se metió en la cama, apagó la luz, y se dispuso a dormir. La costumbre es la costumbre, y ella, a aquella hora, tenía ya sueño. Se dio cuenta, de pronto, de que desde que Madame había fallecido ella no fumaba por la noche el grueso cigarro fuerte. Bueno, Habían sido unos días de tensión, con muchas cosas que hacer; las visitas de los muchos amigos que tenían los Villegly tanto en Villeneuve St. George como en la cercana París, las llamadas telefónicas, el sepelio.

Marie estaba con los ojos abiertos, pensando, recordando.

Y de pronto, se dio cuenta de que, por debajo de la puerta de su habitación, se deslizaba una luz.

No... No era propiamente una luz. Era un resplandor... ¿Se habría levantado Gaston, o quizá Honoré, para ir a comer o beber algo a la cocina?

Era un resplandor raro.

Tenía una tonalidad como verdosa. Sí, tenía cierta tonalidad entre dorada y verdosa. ¡Qué extraño!

Marie saltó de la cama, se puso las zapatillas, y se acercó a la puerta. Tras ella, en la ventana, la negrura de la noche parecía tangible, era como si se adhiriese a los cristales. Era una noche fría, pero quieta; sin viento, sin lluvia.

Marie abrió la puerta, y entonces captó todo el intenso resplandor verde en la oscuridad del amplio pasillo que desde el vestíbulo de la casa llevaba a la cocina y los dormitorios de los criados.

Sorprendida y hasta impresionada, Marie salió al pasillo, y miró hacia el vestíbulo, donde estaba el origen del resplandor. Y de allí, de aquel resplandor que parecía flotar en la oscuridad, llegó aquel sonido silbante a oídos de Marie.

Era como una respiración lenta y profunda, como..., como un aliento pesado.

SSSSSEEE-SEE... SSSSEEEE-SEE..., sonaba aquella respiración. Y a

cada respiración, parecía que el resplandor verde se movía, se hinchaba y deshinchaba, como un globo al que insuflasen aire y acto seguido se lo retirasen. Un globo de verdoso resplandor, del tamaño aproximado de una persona, pero sin piernas. Flotaba.

Marie se había estremecido primero; había sentido como si dentro de su cuerpo se originase de pronto una corriente de frío que lo congelase. Acto seguido, se sintió paralizada. Sí, como congelada... El terror había hecho presa en ella. Un terror denso, profundo, terrible. Su boca se había abierto, su rostro se había desencajado, sus ojos sobresalían de las órbitas.

El resplandor comenzó a acercarse lentamente a Marie, siempre flotando, emitiendo aquel aliento de ultratumba, aquella respiración densa, lenta, pesada: SSSSEEE-SEE...

SSSSEEEE-SEE...

De pronto, el resplandor se detuvo, a pocos pasos de Marie, y de él brotó la chirriante voz femenina, que pareció agolpar brutalmente en el cerebro de Marie todos los recuerdos sobre la fallecida y enterrada Madame Ariadne Villegly:

—Marie, querida... Me asesinaron...

Marie notó que todo el vello de su cuerpo se erizaba, le pareció que sus canosos cabellos se convertían en alfileres que se clavaban en su cabeza. Quiso hablar, pero no pudo. Quiso tragar saliva, y le fue imposible...

—Marie... ¡Marie, me asesinaron ellos, todos! Pero voy a vengarme, los voy a matar a todos... Y volveré contigo, Marie, seguiremos viviendo nuestra vida... ¡Voy a mataros a todos, Marie! Ya te lo iré explicando...

La cabeza de Marie comenzó a dar vueltas.

Le pareció que su cabeza se había separado del tronco, que ahora estaba dentro de una heladora, suelta, y que giraba y giraba, rebozándose de hielo. No podía gritar, no podía moverse, no podía hacer nada salvo mirar aquel resplandor fantasmal y escuchar aquella voz chirriante, penosa, crispada, rota en ocasiones...

Y de pronto, todo se detuvo.

La cabeza de Marie dejó de dar vueltas, dejó de sentir frío, dejó de pensar, de asimilar.

Marie rodó por el suelo, fulminantemente desvanecida.

CAPITULO PRIMERO

El joven y apuesto inspector Hilaire Jourdain, de la policía de París, se apeó del coche que le había llevado hasta la puerta del elegante edificio sito en el Boulevard St. Michel, un poco más arriba de los Jardines de Luxemburgo. Había dos coches más frente al edificio, y muchos curiosos, que los gendarmes procuraban mantener alejados, y a los que rogaban que circulasen. Uno de esos gendarmes se acercó al coche y saludó plantándose ante Hilaire, que desistió de mostrar su identificación; conocía al gendarme, y éste a él.

—A sus órdenes, señor inspector. ¿Me permite acompañarle?

—Sí. Gracias, Dupré.

Entraron en el edificio, tomaron el ascensor y se apearon de éste en el cuarto piso. Varios vecinos estaban en aquella planta, algunos todavía en bata, intentando echar un vistazo al interior de uno de los apartamentos, cosa poco probable, ya que la puerta estaba cerrada y ante ella permanecía un gendarme, que la abrió al ver acercarse a Hilaire.

—Buenos días, señor inspector.

—Buenos días.

Hilaire y el gendarme que le acompañaban entraron en el apartamento. Uno de los hombres de paisano que había allí acudió rápidamente al encuentro de Hilaire, que observó con curiosidad su rostro demudado.

—Hola, Jourdain —mascculló.

—¿Qué tal, Puget? Lo siento, no he podido venir antes.

—No importa —Puget tragó saliva—. Nada ha cambiado, naturalmente. Entiendo que el caso va a ser para usted.

—Sí, eso me ha dicho el señor comisario.

—Bueno, no le envidio. ¿Quiere verla?

—Naturalmente.

Puget le dirigió una extraña mirada, que pocos segundos más tarde adquiría significado para Hilaire Jourdain. El equipo técnico estaba ya en el apartamento, precisamente esperando que Jourdain se impusiera visualmente de la situación para comenzar a trabajar.

Una visión horripilante.

—Dios mío... —jadeó Hilaire.

El cadáver de la mujer todavía no había sido cubierto. Yacía tendido sobre la alfombra, revuelto con sangre y con algo que parecía ropa, escasa ropa, muy vaporosa... Era nylon, o algo así. Jirones de nylon azul.

El contraste entre la ropa azul y los manchurrones de sangre era tremendo. La aterrada mirada de Hilaire Jourdain recorrió lentamente aquel cuerpo desnudo, que había sido hermoso, joven. Incluso la rubia cabellera estaba manchada de salpicaduras de sangre. Todo estaba lleno de sangre. Sobre el seno izquierdo, especialmente, se veía un escalofriante corte que lo abría. La

víctima había recibido cuchilladas en el pecho, el vientre, el sexo... y hasta el ojo derecho había sido reventado por una cuchillada. Era una carnicería espantosa y la sangre lo salpicaba todo alrededor de la víctima, había llegado hasta la cama, hasta dos de las paredes, la mesita de noche.

Sorprendentemente, el seno derecho no había sufrido herida alguna y Jourdain se quedó mirándolo, como fascinado. Era un pecho terso, hermoso, blanco, joven. A veces, Hilaire pensaba que, en efecto, él tenía varios compartimentos estancos en su cerebro, porque en aquel momento, mientras uno de esos compartimentos estaba poco menos que paralizado por el horror, otro trabajaba, recibía y asimilaba las informaciones que le enviaban los ojos, y todo ello sin alterarse.

¿Qué eran aquellos jirones de ropa azul? Pues a Hilaire le parecieron restos de una «picardía», esas prendas sugestivas, provocativas, que usan algunas mujeres. Claro que la prenda estaba tan destrozada que no podía asegurarlo, pero...

Miró a Puget al oír su voz diciendo:

—Quien ha hecho esto, tiene que estar loco...

Hilaire Jourdain parpadeó.

—Lo que me pregunto yo —murmuró— es si lo ha hecho una sola persona.

—Lo sabremos cuando examinen las heridas; nos dirán si han sido hechas con un solo cuchillo o con varios.

Hilaire dirigió una larga mirada al sexo de la mujer.

—Quizá haya sido violada —murmuró.

—También lo sabremos.

—Sí... Será mejor que dejemos que cada cual haga su trabajo. Voy a charlar un poco con la muchacha que ha encontrado el cadáver. ¿Cómo se llama?

—Maxine Villegly.

—Bien. ¿Y la víctima?

—Blanche Mirepoix. Era doctora en medicina.

Hilaire alzó las cejas.

—Una mujer médico. Parece muy joven.

—Tiene la consulta aquí mismo. He visto el despacho y el consultorio. Está muy bien montado todo. En cuanto a ella —Puget movió la barbilla hacia el cadáver—, según los diplomas que he visto en el despacho, tenía veintisiete años.

—Todavía no había llegado a lo mejor de la vida —murmuró Hilaire—. Bien, ¿dónde está la señorita Villegly?

—En la cocina. Parece una chica inteligente, pero...

—¿Pero...?

—¿Usted cree en fantasmas, Jourdain?

—Claro que no.

—Al parecer, ella está dispuesta a creer.

—No comprendo.

—Será mejor que le hable directamente ella, y que dirija la conversación a su manera, ya que va a encargarse de esto.

—De acuerdo. Ocúpese de esto: encontraré la cocina.

La encontró fácilmente. Había un gendarme con la señorita Villegly, que captó la seña de Hilaire, asintió, y los dejó solos. La señorita Villegly estaba sentada en una silla, con las manos en el regazo, la cabeza inclinada, la mirada perdida, baja. Hilaire pudo observar, de momento, su bellísima figura, y el largo cabello entre rubio y rojizo, resplandeciente. Sus manos eran preciosas, y en las uñas apenas destacaba la laca color rosa pálido. Viendo su abrigo, sus manos y sus zapatos, Hilaire tuvo más que suficiente para saber que la señorita Villegly tenía una situación económica más que acomodada.

Carraspeó y acto seguido preguntó:

—¿Se encuentra usted bien, señorita?

Ella alzó la cabeza. Hilaire sintió como un puñetazo en la boca del estómago cuando vio aquel rostro delicado y hermoso y los grandes ojos pardos se fijaron en los suyos. La señorita Villegly debía tener poco más de veinte años, y era preciosa. Se quedó mirándolo, y Jourdain esbozó una sonrisa amable.

—Soy el inspector Jourdain, señorita Villegly, y voy a atender el caso. ¿Quiere un cigarrillo?

—Sí... Sí, gracias.

Voz melodiosa, boquita llena, redondeada. Ciertamente, bastaba verle los ojos para comprender que era muy inteligente. Una chica así, pensó Hilaire, no podía creen en fantasmas, de ninguna manera.

Le había encendido ya a ella el cigarrillo; encendió otro para sí, acercó una silla gemela a la que ocupaba la muchacha, y se sentó frente a ésta.

—Naturalmente, señorita, si no se encuentra usted bien...

—Estoy bien. Bueno, estoy muerta de miedo, pero estoy..., estoy bien.

—¿Miedo? Supongo que ha querido decir que está horrorizado, ¿no es así?

—Las dos cosas...

—¿Era usted amiga de la muerta?

—Bastante. Era quien cuidaba últimamente de la salud, de mi abuela. Bueno, tía abuela. La veía con alguna frecuencia, en la casa de mi abuela.

—Entiendo. Quizá vino usted a buscar a la doctora Mirepoix porque su abuela no se encuentra bien y...

—Mi abuela falleció hace cinco días. Ya no necesitaba de los cuidados de la doctora Mirepoix.

—Ah.., Claro. Bueno, entiendo que usted encontró el cadáver. Sólo son las nueve y media de la mañana, de modo que si vino a tan temprana hora debía tener un buen motivo.

—Sí. Vine a buscar a Blanche para que fuese a la villa de mi abuela a atender a Marie. Estuve llamando a Blanche desde las siete de la mañana, que fue cuando me avisaron a mí desde Villeneuve St. George.

—¿Villeneuve St. George?

—La villa de los Villegly está allí. Allí vivía mi abuela. Marie era su criada personal, incluso amiga, después de tantos años juntas.

—Sí, entiendo. Y claro, la familia aprecia a Marie... ¿Por qué no llamaron directamente a la doctora desde la villa de Villeneuve St. George?

—Lo hicieron, pero Blanche no contestaba. Entonces, me llamaron a mí. Yo llamé también por teléfono a Blanche. Tampoco contestaba a mis llamadas, de modo que decidí venir personalmente, pensando que podía tener estropeado el teléfono.

—Eso es perfectamente posible. ¿Quién le abrió a usted la puerta?

—Nadie. Estaba abierta. Bueno, ajustada... De modo que entré, llamando a Blanche. Pensé que había llegado justo a tiempo, que ella estaba a punto de salir, que había olvidado algo tras abrir la puerta... La estuve llamando, pero no contestó. Eso me sorprendió, ya que si la puerta estaba abierta, ella debía estar cerca. Bueno, la encontré... en el dormitorio.

—Tuvo que ser un mal rato para usted. ¿Qué hizo?

—Llamé a la policía, naturalmente.

—¿Utilizó el teléfono del apartamento?

—Claro —enrojeció la muchacha—. Bueno, lo siento.

—No se preocupe. ¿Tocó alguna cosa más?

—No... No, no. Sé que llamé, y luego me senté en un sillón de la sala de estar. Allí estaba cuando llegó la policía.

Hilaire Jourdain asintió.

—¿Se le ocurre usted a quién puede haber hecho una cosa así con la doctora Mirepoix? —susurró.

Maxine Villegly se quedó mirando fijamente a Hilaire. En el fondo de sus hermosos ojos, Hilaire vio como un destello de desconcierto, de miedo, de rebeldía. Era una expresión compleja; la de una persona que teme algo pero se resiste a creer en ello.

—No —murmuró por fin Maxine—. No, no.

—Lo pregunto porque a veces, los amigos de la víctima saben algo de sus enemigos, o simples enemistades. Cosas así. Aunque a decir verdad, lo sucedido no parece cosa... normal dentro de la gama del asesinato. Se diría que es la obra de un loco..., o de alguien cuyo sadismo es inaudito. De un modo u otro, para hacer una cosa así, con tanto ensañamiento, hay que sentir determinada animosidad hacia la víctima. Al menos, eso creo yo. Sería diferente si eso le hubiera sucedido en la calle, en un parque, en cualquier sitio más o menos peligroso, pero en su propio apartamento... Cabe pensar que vinieron a propósito sólo a hacer esto.

—No sé, yo... no entiendo de estas cosas, inspector. No soy policía, como usted.

Hilaire sonrió cortésmente.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy agente de seguros.

—Oh, vaya, me pregunto si quizá usted le había hecho alguna póliza a la doctora... ¿Sí?

—No, ninguna.

—Entonces, nadie cobrará prima alguna..., en el supuesto de que se paguen primas por personas asesinadas. ¿Conoce a la familia de la doctora Mirepoix?

—Que yo sepa, no tenía familia.

—¿Amigos?

—No sé. Yo sólo la trataba en cuanto a médico que era de mi abuela. Nos vimos alguna vez en París, en un par de ocasiones tomamos unas copas. No sé qué amigos personales tenía, francamente.

—Por lo que entiendo, no era usted dienta de la doctora.

—¿Como paciente? Pues no. Bueno, salvo las pequeñas cosas propias de niños, nunca he estado enferma. Y en aquellas ocasiones me atendió el doctor Burzet, que era el médico de mi abuela. Hace poco más de un año, el doctor Burzet falleció. La doctora Mirepoix trabajaba con él, y mi abuela no tuvo inconveniente en aceptarla como sucesora del doctor Burzet. Pero, por fortuna, desde entonces yo no he necesitado cuidados médicos.

—Lo celebro. Mmmm... Señorita Villegly, no sé si he entendido bien a uno de mis compañeros. Creo que me ha dicho que usted cree en fantasmas, o algo así.

—Yo no creo en fantasmas, pero Marie sí.

—Marie... La criada personal de mi abuela, la que está enferma, ¿no es así? ¿Por qué cree que Marie cree en fantasmas?

—Porque anoche vio uno.

Hilaire Jourdain se quedó mirándola atentamente, con amable expresión, a Maxine Villegly. Luego, miró su cigarrillo, que ya era colilla. Igual que el de la muchacha. Tomó los dos, los dejó en el fregadero, y volvió a sentarse frente a Maxine.

—¿Y cómo era ese fantasma? —preguntó.

—De color verdoso.

—No quiero parecerle guasón, pero yo tenía entendido que los fantasmas eran blancos.

—Inspector Jourdain, yo tampoco creo en los fantasmas, pero conozco muy bien a Marie desde hace muchos años... Sólo le diré que cuando yo nací ella ya estaba sirviendo a mi abuela. Es una mujer no demasiado inteligente, modesta, sencilla, de buen carácter. Sin duda tenía defectos, como todo el mundo, pero la estupidez y la superstición no están entre esos posibles defectos de Marie. Siempre fue una mujer muy equilibrada. Le aseguro que hace falta serlo para convivir con mi abuela tantos años.

—Lo que usted está tratando de decirme es que si Marie dice que vio un fantasma es que vio un fantasma, sin error posible.

—Sí, señor. Eso trato de decirle.

—Bien... Un fantasma verde. ¿Y qué más?

—No sé mucho más, porque quien me puso al corriente fue Honoré, el

jardinero y chófer de mi abuela. Estaba muy asustado. Dijo que Marie estaba muy mal, que tenía una crisis nerviosa terrible, y que hablaba del fantasma...

—Del fantasma..., ¿de quién?

—Del fantasma de mi abuela.

—¿La dama que falleció hace cinco días?

—Sí. Según Marie, se le apareció, y le dijo..., le dijo que todos la habían asesinado, y que ella iba a vengarse, que los mataría a todos.

—¿Quiénes son todos?

—No lo sé.

—¿Consideraría usted que la doctora Mirepoix estaba dentro de ese ambiguo grupo llamado Todos?

—Blanche se relacionaba con frecuencia con mi abuela, así que supongo que ella forma parte de todos.

—Estoy seguro, señorita Villegly, que se da usted cuenta de lo... extraordinariamente fantástico que resulta todo esto.

—Sí. Mi intención era recoger a Blanche y llevarla en seguida a Villeneuve St. George. Quería acompañarla, naturalmente, para ver cómo está Marie.

—Eso es muy afectuoso por su parte.

—Sí, es cierto; tengo mucho afecto a Marie. De niña jugué muchísimas veces con ella.

—Y siempre le pareció una mujer sencilla, pero muy equilibrada.

—Así es. Y estoy muy preocupada por ella. No sé qué hacer ahora... Tendré que buscar un médico, claro, ya que...

Maxine calló, e Hilaire asintió. Muy bien, tenía a pocos metros de él el cadáver de una mujer que había sido doctora en medicina, lo que implicaba unos conocimientos científicos que, por supuesto, debían rechazar asuntos de fantasmas, y una inteligencia considerable. Tenía ante él a una muchacha joven, preciosa, inteligente, que tampoco creía personalmente en fantasmas, pero que hablaba de una mujer madura que siempre había sido equilibrada y que, no obstante, decía haber visto y hablado con un fantasma..., que aseguraba que los iba a matar a todos. ¿Cómo iba a matar el fantasma de la anciana señora enterrado cinco días antes? ¿A puñaladas?

Hilaire frunció el ceño. Estaba pensando en tonterías. Y a señorita Villegly le estaba mirando ahora fijamente.

—Puedo ofrecerle el médico de la policía —murmuró—. Salvo que usted tenga preferencias por cualquier otro, claro está.

—¿Un psiquiatra de la policía? —susurró Maxine.

—Es usted muy inteligente. ¿Le parece que haríamos mal proporcionándole a Marie los servicios de un psiquiatra?

—No creo que eso la perjudique, y en cambio les será útil a ustedes, supongo.

—Su comprensión también es grande. Naturalmente, haremos las cosas con mucho tacto, no se preocupe por su vieja amiga Marie. Yo también

quisiera ir a verla, y se me ocurre que quizá usted fuese tan amable de llevarnos allá a mí y al médico que designen.

—Lo haré con mucho gusto. Estoy impaciente por ver cómo está Marie.

—Bueno, yo tengo algunas cosas que hacer aquí, y además tendremos que esperar al psiquiatra. Por supuesto, aceleraré todo lo máximo posible. Mientras tanto, espero que no la moleste permanecer aquí, por si se me ocurriese algo más que preguntarle.

—No, no tengo inconveniente. Me voy recuperando.

—Lo celebro. Bien, con su permiso... Ah, una última cosa: ¿es usted la única familia que dejó su abuela al morir?

—No, no. Tengo tíos y primos.

—Pero el criado de su abuela la llamó a usted. Oh, no me lo diga, he debido comprenderlo; precisamente la llamó a usted porque sabe el gran afecto que la une a Marie. ¿Cierto?

—Cierto.

Hilaire titubeó, pero todavía preguntó:

—Cuando el... fantasma de su abuela dijo que se iba a vengar de todos, que los iba a matar a todos..., ¿cree que se podía referir también a usted?

—Ignoro qué alcance pudo darle el... fantasma de mi abuela a la palabra todos, pero supongo que no se refería a todo el mundo, sino a todos los que, en un sentido u otro, hubiesen intervenido en su vida. Yo lo hice, así que...

—Eso de que todos la habían asesinado a ella... Bueno, ¿de qué falleció su abuela?

—De un colapso cardíaco. Precisamente, Blanche extendió el certificado.

Hilaire Jourdain parpadeó.

—¿La doctora Mirepoix —señaló por encima del hombro fuera de la cocina— firmó el certificado de muerte de su abuela?

—Claro. Era su médico, la llamaron en cuanto fue hallada muerta en su lecho.

—Me parece natural. Estoy pensando en la posibilidad de que su abuela tuviera motivos... en vida, quiero decir, para pensar mal de alguno de sus familiares. ¿Era así?

—Mi abuela vivía y había vivido siempre su vida, de modo que tenía que aceptar el modo en que los demás vivíamos la nuestra. Pero quizá no le comprendo su pregunta, inspector.

—Bastante bien —sonrió Jourdain—. Pero en el fondo, lo que yo quería saber era si su abuela era odiada por alguien o ella odiaba a alguien.

—No sé de nadie que odiase a mi abuela. En cuanto a ella, era demasiado orgullosa y hasta egoísta para molestarse en odiar a alguien.

—Sin embargo, al parecer, su fantasma está dispuesto a matarlos a todos. Si es sin motivo, es evidente que el fantasma de su abuela sí odia a alguien. Si es con motivo, y efectivamente la asesinaron, podemos pensar que alguien la odiaba a ella.

—Es posible. Pero, inspector, dígame cómo alguien puede asesinar a otra

persona por medio de un colapso cardíaco, que es el modo en que murió mi abuela.

—¿Usted no sabe, señorita Villegly, que hay muchos modos de provocar un colapso cardíaco?

Maxine Villegly parpadeó incrédula.

—¿Está usted sugiriendo que mi abuela pudo ser asesinada, realmente, tal como dice... su fantasma? —exclamó.

Hilaire Jourdain volvió a sonreír levemente. Le gustaba la señorita Villegly.

—La avisaré en cuanto esté dispuesto para trasladarnos a Villeneuve St. George —dijo, saliendo de la cocina.

CAPITULO II

El doctor Lemur apareció en el salón de la villa, y todos le miraron con vivo interés. Estaban reunidos allí los criados Gaston y Honoré, Maxine Villegly e Hilaire Jourdain, conversando a la espera, precisamente, del informe verbal provisional del psiquiatra, que acababa de terminar su entrevista con Marie.

Maxine se puso en pie rápidamente, y preguntó:

—¿Cómo está Marie, doctor?

—Ah, muy bien, muy bien. Físicamente, está todo lo bien que puede esperarse de una persona de su edad.

—Usted sabe que no le he preguntado eso —refunfuñó Maxine.

El doctor Lémur sonrió, y fue a sentarse junto a Hilaire que fumaba apaciblemente. Apenas llegar, había sido el primero en conversar con Marie, de modo que estaba ya al corriente de lo que le había sucedido a la mujer la noche anterior. Luego, había entrado el doctor Lémur, quedando a solas con la mujer; lo habían convenido así, de modo que tuviesen dos versiones para cotejar y buscar posibles contradicciones en las explicaciones de Marie... Explicaciones sobre las cuales Hilaire había estado reflexionando y comentándolas con Gaston y Honoré y Maxine Villegly.

—Yo diría —dijo Lémur, tras sentarse, mirando afablemente a Maxine— que Marie está perfectamente en todo, señorita Villegly.

—Entonces..., ¿vio el fantasma? —exclamó Honoré.

Lemur le miró con el ceño fruncido.

—Yo no he dicho eso —gruñó—. Lo que digo, basado en esta primera entrevista con ella, es que la encuentro perfectamente, en lo que concierne a mi especialidad.

—¿Le ha dicho lo mismo que a mí? —preguntó Hilaire.

—Con toda exactitud. Caramba —se estremeció el psiquiatra de la policía —, ¡debió ser un shock tremendo para esa buena mujer! Esa... respiración sofocada, el movimiento del cuerpo verdoso que flotaba...

—Doctor Lemur —le interrumpió Hilaire—; está usted hablando como si creyese que Marie vio efectivamente un fantasma... o lo que fuese.

—No, señor, no digo eso. Pero me inclino a creer que ella no está mintiendo. Y desde luego, sus facultades mentales, en mi opinión y de momento, están perfectamente. Ahora bien, todos sabemos que las alucinaciones existen.

—Oh, vamos...

—Querido Jourdain; por lo que yo entiendo, esa mujer llevaba muchos años al servicio de la difunta Ariadne Villegly, y he comprendido que sentía hacia ella verdadero afecto. Estos últimos días han tenido que ser agotadores para ella, de gran tensión emocional... Toda persona tiene un límite de resistencia, y cuando se llega a él los resultados son imprevisibles.

—¿Es ése su diagnóstico? ¿Alucinación por agotamiento emocional?

Lémur titubeó visiblemente.

—Bueno... O tengo que aceptar eso, o bien, considerando las buenas condiciones de esa mujer, tengo que aceptar que vio un fantasma.

—Ya.

—Es claro que en sucesivas sesiones quizá iría obteniendo más conclusiones, pero usted está esperando mi primer informe... y se lo acabo de dar.

—En resumen, y puesto que ninguno de nosotros cree en fantasmas. Marie ha tenido una alucinación producida por un agotamiento nervioso, emocional.

—Ese es mi informe oficial.

—Gracias, doctor. Bien, tengo que volver a París para seguir con el caso de la doctora Mirepoix. Le llevo, naturalmente. ¿Viene usted, señorita Villegly?

—No, no, prefiero quedarme con Marie hasta asegurarme de que está bien.

—Lo comprendo —Hilaire se puso en pie, tomó de un brazo a la muchacha y salió con ella del salón—. Quizá usted sería tan amable de hacerme un favor.

—Oh, con mucho gusto, desde luego.

—Gracias. Es respecto a lo que dijo el fantasma. Es claro que si una persona es asesinada, y suponiendo que luego tenga... algún modo de manifestarse, resulta lógico que odie a sus asesinos. Sólo que los fantasmas, ciertamente, no van por ahí armados de cuchillos...

—¿Qué es concretamente lo que usted quiere pedirme?

—Le ruego que hable con Marie sin prisas. Me gustaría saber si ella tiene alguna idea respecto a la persona o personas que odiasen a la abuela de usted; o, al revés, que hubiese alguna persona a la que su abuela odiase.

—No creo posible ninguna de las dos cosas, pero hablaré con Marie. De todos modos, puedo adelantarle que nadie tenía por qué odiar a mi abuela.

—Bueno, a veces, sin odiar se desea la muerte de alguien.

—¿Se refiere a la herencia de ella?

—Caramba, señorita Villegly, es usted de una percepción que me tiene asombrado. Y ya que ha hablado de la herencia..., ¿qué sabe usted de ella?

—Creo que el testamento será leído dentro de un par de semanas, pero no es ningún secreto: todos los familiares recibiremos una parte satisfactoria de la herencia.

—¿A qué llama usted una parte satisfactoria?

—Yo diría que veintidós millones de francos, a repartir entre seis personas, es satisfactorio.

Jourdain emitió un simpático silbidito.

—Caray, ya lo creo... Es son tres millones y medio de francos para cada heredero. Naturalmente, francos fuertes. Quiero decir que algunas personas mayores insisten en mencionar los francos antiguos, y como su abuela ya era mayor...

—Francos fuertes, naturalmente. Mi abuela era mayor, pero vivía en la actualidad, no en el pasado. Era una mujer muy inteligente.

—Estoy convencido de que todos los Villegly son inteligentes —sonrió Hilaire—. O sea, que son ustedes seis herederos.

—Bueno, en realidad somos siete, pero uno de ellos no es un Villegly.

—Ah. ¿Sería tan amable de explicarme eso... mientras vamos al panteón donde está enterrada su abuela?

—¿Al panteón? —Se sorprendió Maxine—. ¿Para qué?

—Me gustaría echarle un vistazo. ¿Se puede entrar en él?

—Tendré que ir a buscar la llave al despacho de mi abuela. La dejamos allí después del sepelio, en su sitio de siempre.

Maxine había señalado una puerta al otro lado del vestíbulo, y tras el asentimiento de Jourdain, los dos se encaminaron hacia allí, preguntando al inspector:

—¿Todavía atendía asuntos su abuela?

—Más que nada, digamos que iba poniendo al corriente de ellos a tío Martin. De cuando en cuando, él venía, se encerraban los dos en el despacho, y se pasaban un buen rato charlando, fumando, y bebiendo pernod.

—¿Su abuela también? —sonrió Hilaire.

—Le encantaba el pernod. ¡Y fumaba unos cigarrillos negros, grandes, terribles! Estaba tan aficionada a ellos que incluso acostumbró a Marie a fumarlos en su compañía.

—Evidentemente, su abuela tenía una salud muy buena.

—¡Ya lo creo!

—Y según voy entendiendo, no tenía hijos.

—No —Maxine empujó la puerta del despacho, y encendió la luz—. Mi abuela jamás se casó. Claro, eso no significa nada en cuanto a tener hijos, normalmente, ya sé. En fin, no los tenía: sólo sobrinos, primos, sobrinos nietos...

Hilaire volvió a sentir, mientras miraba alrededor y la muchacha iba hacia la mesa del despacho. Abrió el cajón central, y sacó un manojo de llaves. Hilaire estaba mirando alrededor, lentamente. El despacho era sobrio, y tenía cierto aspecto rancio, como el de esos lugares que no son modificados a lo largo del tiempo. No obstante, todo era de calidad, todo estaba limpio, ordenado. Buenos muebles, buenas alfombras, cuadros, libros... El desvaído resplandor del sol invernal parecía encender los cortinajes de la ventana, pero con un fuego mortecino. El silencio allí dentro era notable en verdad.

El inspector miró a Maxine, vio que ésta tenía ya las llaves, y salió del despacho, Maxine lo hizo tras él, cerró la puerta, y se encaminó hacia la de la casa. Salieron, y la muchacha señaló hacia un grupo de pinos.

—El panteón está allí, detrás de los pinos. Se construyó allí para que no se viese desde la casa. Pero eso tenía algunos inconvenientes, como por ejemplo, que en ocasiones algunos vagabundos pasaban la noche dentro. Por eso, siempre está cerrado, desde hace años.

—¿Todos los Villegly están enterrados en el panteón?

—Naturalmente. Incluso una parte está destinada a sepultar a quienes entran a formar parte de la familia, al casarse con un Villegly.

—Entiendo. Es agradable y tranquilo este lugar.

—Sí, lo es. Tío Martin será quien vivirá ahora aquí. Siempre ha sido así: el mayor de los Villegly supervivientes viene a vivir a la villa cuando fallece en anterior.

—Lo que significa que su tío Martin va a salir más beneficiado que los demás con la herencia. ¿Podría explicarme, aunque sea por encima, cómo será repartida exactamente ésta?

—Como le he dicho, el dinero disponible se reparte entre los Villegly; en este caso, entiendo que hay veintidós millones disponibles...

—Perdone. ¿Qué quiere decir disponibles?

—Son las ganancias de la fortuna base de los Villegly, la parte liquidable de la fortuna, que siempre dirige quien ocupa la casa. Nunca ha habido problemas en eso. El resto, también muy considerable, es como si formase parte de la casa: el Villegly que ocupa ésta está obligado a administrar esa parte de la fortuna, para ir incrementándola con vistas a la siguiente herencia, si es posible. Lo que nunca puede hacer el Villegly que ocupe la casa es venderla o hipotecarla. Siempre tendrá que ser de los Villegly. Con tal fin, siempre hay un importante fondo fijo destinado a atender todos los gastos e impuestos de la casa. Eso es inamovible, testamento tras testamento, desde que el primer Villegly lo dispuso así. Y tío Martin tendrá que hacer lo mismo, ya que siempre consta esa condición en todos los testamentos anteriores.

—Comprendo. ¿Cuántos son ustedes, en definitiva?

—Veamos... Está tío Martin, que enviudó hace años: vive con su única hija, Jeannine, la cual está casada con Roger Magnac; Roger es el único que no pertenece directamente a la familia Villegly, pero fue admitido como miembro de ella cuando se casó con Jeannine...

—Lo que significa que, como la fallecida esposa de su tío Martin, tendrá también un sitio en el panteón familiar.

—Así es. Bien, tío Martin, Jeannine y Roger vendrán a vivir aquí después de la lectura del testamento. Luego, tenemos a tía Colette, que es también viuda, y que tiene una hija, Hélène, también viuda; tía Colette es una Villegly, así que también lo es Hélène aunque su padre no lo fuese; Hélène estuvo casada con Pierre Burzet, el cual, como el padre de Hélène, está enterrado en el panteón. Luego, está primo Paul: Paul Laurent Villegly; su madre se casó con Alain Laurent, así que Paul no usa directamente el apellido Villegly, excepto cuando quiere presumir. Pero, naturalmente, desciende directamente de una Villegly, de modo que cobrará su parte de la herencia, como todos.

—Excepto Roger Magnac.

—Exacto. Ahora bien, si Roger y Jeannine tienen hijos, estos sí serán considerados herederos personales del siguiente reparto hereditario. De todos modos, Roger no tiene por qué quejarse, ni lo ha hecho nunca: a fin de

cuentas, su esposa va a cobrar tres millones y medio de francos, y lo mismo su suegro..., y se vendrán los tres a vivir aquí, sin gasto alguno de ninguna clase, ni ahora ni en el futuro, pues como le he dicho, parte de la fortuna es inapelablemente destinada a esto.

—En definitiva: siete herederos, pero uno de ellos no cobrará nada.

—¿Le parece a usted poco venir a vivir aquí... con una esposa que hereda tres millones y medio y que tiene un padre que a su vez hereda personalmente otros tres millones y medio..., que lógicamente algún día legará a su hija?

—Parece que todo está bien pensado —sonrió Hilaire.

—Naturalmente.

—¿Todos viven en París?

—Sí, por ahora. Ahí lo tiene.

Maxine señaló hacia delante, y, por entre los pinos, el inspector vio el panteón familiar. A medida que continuaban acercándose y lo fue viendo mejor, se fue sintiendo más impresionado. Era bastante grande, de un estilo clásico, con adornos de figuras angelicales, columnas de mármol. Estaba rodeado de pinos altos, que dejaban pasar entre sus copas manchas de sol. El suelo estaba cubierto de pinocha, pero alrededor del panteón se veían arbustos de flores. Hacia el fondo, por detrás del panteón, se veía la verja de hierro que cerraba por aquella parte la propiedad de los Villegly.

Se detuvieron los dos, y Jourdain sonrió una vez más al oír el canto de unos pajarillos.

—Es un grato lugar para descansar —murmuró.

—¿Quiere decir... eternamente? —le miró Maxine.

—Bueno, y también en vida. Venir de París aquí debe ser como trasladarse a un mundo diferente. ¡Qué gran paz!

—Es lo menos que merecen los muertos, ¿No cree?

—Sí —la miró Hilaire—; los muertos merecen que se les deje en paz. En mi opinión, no creo que ellos puedan desear otra cosa, como sería, por ejemplo, salir de su tumba para hacer de fantasmas.

La muchacha parpadeó.

—Usted se está tomando mucho interés en todo esto, inspector... ¿Por qué? Quiero decir, que el asesinato se ha cometido en París, pero usted está aquí interesándose por cosas... ajenas a Blanche. Supongo que esto tendrá sentido para usted.

—Sí lo tiene, señorita Villegly, porque he decidido pedir la exhumación del cadáver de su abuela.

—¡Oh, no!

—¿Por qué no?

—Pero... usted mismo acaba de decir que los muertos deben descansar en paz...

—Así lo creo, pero este caso es... extraño. Blanche Mirepoix era una de las personas que estaba en contacto con su abuela, y ha sido asesinada. Al mismo tiempo, tenemos a Marie, que asegura que su vieja amiga se le apareció

anoche para decirle que los iba a matar a todos, para vengarse... Vengarse, ¿de qué? ¿Realmente fue asesinada?

—¡Usted no puede creer en esas cosas!

—Señorita Villegly, yo soy un policía. ¿Lo ha olvidado?

—Pues... la verdad... Sí, durante muchos momentos, lo he olvidado.

—Yo no. Lo siento de veras, pero solicitaré el permiso de exhumación, y el cadáver de su abuela será sometido a autopsia.

—¡Oh, Dios mío! ¡Pero si Blanche certificó que...!

—La doctora Mirepoix ha sido asesinada. Mire, yo quizá me estoy pasando de listo o de fantástico al enfocar así el caso, pero siento en mi interior que debo hacerlo.

—¡Pero eso significa que usted cree en asesinatos! Y mi jefe, el comisario Delavert, ha puesto en mis manos la solución del de la doctora Mirepoix. Cuando se busca una solución, señorita Villegly, no hay que descuidar nunca ninguno de los componentes del acertijo. Ahora bien, si a mi regreso a París resulta que mis compañeros han encontrado algo que oriente satisfactoriamente nuestras pesquisas hacia otro lado, tendré mucho gusto en prescindir de la exhumación del cadáver de su abuela. ¿Le parece bien?

Maxine, que miraba como hipnotizada a Hilaire, parpadeó. Acto seguido, asintió, y, puesto que estaban ya ante la puerta de rejas del panteón, la abrió. No hubo chirridos, ni nada parecido. Todo funcionaba perfectamente, lo que era lógico, teniendo en cuenta que tres días antes había habido movimiento en el panteón.

Había que descender tres escalones, y luego se encontraban en la entrada de la casa. Todas las paredes estaban convertidas en nichos. Había lápidas de mármol, de cristal. Flores. Maxine había encendido la luz. Hilaire no se sentía precisamente a gusto. Más de la mitad de los nichos estaban vacíos, ofreciendo la negrura de su boca a la espera de un ocupante.

Hilaire se acercó al nicho donde había flores ya marchitas, pero no secas. Apartó unas cuantas, y vio el nombre de la última inquilina del panteón: «Ariadne Villegly, 1899- 1979.» La lápida era de mármol, y, como todas según observó Hilaire, funcionaba como una puerta. No era fija, sino que se podía abrir cómodamente cuando se desease.

Se volvió a mirar a Maxine, y la vio contemplando otra de las lápidas.

—¿Sus padres? —murmuró.

—Sí. Fallecieron hace cinco años, en un accidente de automóvil, en Niza.

—Lo siento.

Volvió a mirar la lápida y las flores que la cubrían. Allá dentro, detrás de la lápida y las flores, estaba el cadáver de Ariadne Villegly, eso era todo. ¿Qué había esperado encontrar en el panteón? ¿Rastros fantasmales? ¿Algún indicio de que Ariadne Villegly hubiera salido la noche anterior para visitar a su vieja amiga y sirvienta Marie? ¡Qué idiotez!

Miró de nuevo a Maxine, que ahora le contemplaba a él.

—¿Cuántas llaves del panteón hay en la casa?

—Que yo sepa, la que tengo ahora en las manos. Pero debe haber varias más, en otros sitios; quizá en la cocina, o en el garaje.

—¿Y qué hacen ahí esas llaves? —se sorprendió Hilaire.

—En ocasiones, Marie o las sirvientas anteriores, o el jardinero, venían por aquí a arreglar esto un poco, a limpiar... Mi abuela salía a veces, con el coche, y se dejaba cerrado el despacho era una contrariedad; así que encargó varias llaves.

—¿Al alcance de cualquiera?

—Menos de los vagabundos —sonrió desconcertada Maxine.

—Claro —sonrió también Hilaire—. Bien, señorita Villegly, muchas gracias por todo. El doctor Lémur debe estar impacientándose...

Poco después, frente a la casa, Hilaire se despedía de

Maxine Villegly, y emprendía el regreso a París, llevando en su coche al doctor Lémur.

—Es una muchacha encantadora —comentó el psiquiatra.

—¿Quién?

Lémur le miró irónicamente.

—Me refiero a la chica en la que está usted pensando en estos momentos —dijo, señalando con el pulgar hacia atrás.

—Caramba —sonrió Hilaire—. ¡Se nota que es usted psiquiatra, y que para usted la mente humana no tiene secretos!

—Yo no diría tanto —gruñó Lemur—. No, yo no diría tanto.

Hilaire le miró un instante, pero no continuó la conversación; comprendía que el doctor Lemur estaba cuando menos desconcertado. Y no era el único.

Bueno, quizá en París sus compañeros hubiesen encontrado algo que simplificase la investigación de aquel extraño caso.

CAPITULO III

Hacia las siete de aquella tarde, las cosas estaban bastantes claras, al menos en cuanto a la muerte de Blanche Mirepoix, que, por otro lado, no había significado precisamente un enigma en ningún momento: había fallecido a consecuencia de las heridas recibidas por arma blanca, inferidas tres de ellas en puntos vitales, sobre todo, la del corazón, que al parecer había sido la primera.

—Lo que significa —murmuró Hilaire— que murió prácticamente en el acto.

—Así es —asintió Puget—. A pesar de lo cual, recibió las demás heridas. Ha sido algo brutal, Jourdain. Un loco, un sádico...

—¿A qué hora murió?

—Entre las tres y las cuatro de la madrugada.

—¿Había sido violada?

—No. Ah, y sólo se utilizó un arma. Es decir, lógicamente, un solo atacante.

—Sí —reflexionó Hilaire—. No resulta fácil creer que alguien encuentre acompañantes para una cosa así. ¿Qué hay de la puerta del apartamento? ¿Fue forzada?

—En absoluto. Quien lo hizo pudo entrar con toda normalidad, lo que nos lleva a tres hipótesis. Una: encontró la puerta abierta, lo que me parece poco probable a las tres de la madrugada. Dos: engañó a la víctima como fuese, y ésta le abrió la puerta.

—Y tres: tenía su propia llave. Esto, así como la posibilidad de que la doctora le hubiese abierto la puerta a las tres de la madrugada, puede llevarnos a conclusiones sabrosas: ¿qué hay de la vida amorosa de la doctora?

—Estamos en ello, pero de momento no hay nada. No parece que fuese una mujer aficionada a aventuras o amoríos, aunque, claro, las personas de calidad saben tener amantes sin que forzosamente tenga que enterarse todo el vecindario... Y yo creo que éste es el caso.

—¿Por qué?

—¿Recuerda aquella ropa que llevaba puesta la víctima? Me refiero a aquella «picardía» de color azul, que quedó destrozada.

—Sí, sí, naturalmente. Destrozada y metida en su cuerpo a base de puñaladas. Lo recuerdo.

—La hemos recuperado del depósito. La sangre ya está seca, y podemos echarle un vistazo.

Puget abrió una caja plana de cartón, dentro de la cual estaba la prenda azul manchada de rojo; es decir, ahora de un tono oscuro, negruzco. Estaba bastante acartonada, como crujiente, de modo que Puget la alzó con cuidado, sujetándola con dos dedos de cada mano.

Pero Hilaire, que había estado mirando la prenda en la caja, no apartó la

mirada de ésta cuando Puget alzó la prenda. Continuó mirando el interior de la caja.

—¿Qué es eso? —señaló.

—Era un objeto pequeño, reluciente, que había atraído su atención. Puget lo miró, todavía sosteniendo en alto la prenda femenina.

—Un gemelo.

—Eso lo estoy viendo. Y sé que algunos hombres usan gemelos en los puños de su camisa. Pero ¿qué hace aquí ese gemelo?

—Bueno, es lo único que encontramos en el piso de la doctora Mirepoix que no encajaba directamente con ella.

—¿Sólo uno? Lo digo porque algunas mujeres gustan de vestir un tanto peculiarmente, y quizá Blanche Mirepoix usaba camisas más o menos masculinas, y por tanto...

—No. Ya hemos mirado eso. No había ninguna prenda en todo el vestuario de la doctora adecuada para usar gemelos. Además, sólo había éste. Y estaba en el suelo, entre la pared y una de las patas del cabezal de su cama.

—¿Tiene alguna huella?

—Alguna que otra línea digital, nada más. Y muy borrosa, yo diría que antigua. Nada que nos pueda servir.

Hilaire estuvo todavía unos segundos mirando el gemelo. Luego, lentamente, desvió la mirada hacia la prenda que le mostraba su compañero y ayudante en aquel caso. Entornó los párpados.

—Bueno —murmuró—, según parece, la doctora Mirepoix sí debió tener por lo menos un amigo en alguna ocasión, ¿no es así?

—Me apuesto la cabeza —asintió Puget—. Fíjese en esta prenda, Jourdain. Es una camisita de esas transparentes que apenas llegan a cubrir el sexo, y, en la parte alta, hace de sujetador; pero un sujetador especial, observe que permite que la parte central de los pechos queden descubiertos, mostrando así el pezón. Francamente, es una prenda de... guerra.

—Me parece que los dos estamos de acuerdo en que es una prenda que una mujer no suele ponerse cuando está sola —asintió el apuesto Hilaire—, de modo que podemos asegurar que se la puso para recibir a un hombre. Presumiblemente, el dueño de este gemelo. Ahora bien, si las pocas líneas digitales que hay en el gemelo son antiguas, significa que no fue el dueño del gemelo quien estuvo la noche pasada en el dormitorio de la doctora Mirepoix. O bien, si fue él, hacía ya tiempo que había perdido el gemelo; lo que significaría que las relaciones entre ese hombre y Blanche Mirepoix eran duraderas.

—Y quizá el sujeto en cuestión se cansó de esas relaciones.

Hilaire Jourdain reflexionó unos segundos antes de mover negativamente la cabeza.

—No, Puget, siento no estar de acuerdo con usted en eso.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, el propietario del gemelo pudo ser uno, y el asesino

otro. Admitirá conmigo en que una persona como Blanche Mirepoix, doctora en medicina, culta, tenía un nivel de vida de buena calidad. En estas condiciones, es poco probable que se relacionase con un sujeto capaz de hacer una cosa así. Más bien me inclino a creer que, tanto si fueron dos hombres los que visitaron a la doctora en su apartamento, como si fueron más, todos ellos debían estar aproximadamente a su nivel: personas suficientemente cultivadas, como ella misma. Esa clase de personas no rompen sus relaciones de un modo tan... drástico. Un buen día, él o ella dicen que están cansados del ligue, se dan la mano, y a otra cosa. Tan amigos y tan correctos.

—De acuerdo en eso —admitió Puget—. Pero piense que el sujeto pudo realizar el asesinato de modo tan brutal precisamente para despistar a la policía.

Hilaire parpadeó.

—Sí, es cierto —tuvo que admitir.

—Y luego, están las heridas. Especialmente la primera, que partió el corazón de la doctora. No es que quiera que esta opinión mía conste en el expediente, pero sí me atrevo a decir que un sujeto corriente no acertaría de modo tan directo y eficaz el corazón a la primera cuchillada: le abrió el seno como si fuese de mantequilla. Una puñalada certera.

—Entiendo —sonrió de mala gana Hilarie—; digamos, una herida que podría inferir alguien que entendiese un mínimo de anatomía. Vamos, un médico, por ejemplo.

—La posibilidad de que la doctora Mirepoix tuviese relaciones sexuales con algún colega no me parece descabellada, Jourdain. Y me gustaría que aceptase mi hipótesis en ese sentido. Podría dedicarme personalmente a investigar la vida de la doctora en ese sentido. Tengo un gemelo, la prenda, una cuchillada certera.

—No tengo inconveniente, pero hablemos antes de otro aspecto de la cuestión. Según el informe forense, la doctora fue asesinada entre las tres y las cuatro de la madrugada. Vamos a dar por sentado que había recibido a un hombre, que estaba con él en la cama... ¿Llevaría todavía puesta la «picardía» la doctora, o, como me parece más lógico, ya estaría desnuda? A las tres de la madrugada, se ha tenido tiempo más que suficiente para hacer el amor, lo normal es que ambos estuviesen ya durmiendo. ¿Cree que después de hacer el amor una o varias veces ella llevaría puesta todavía esa prenda?

—Bueno, realmente... Sí, estas cosas son atractivas para iniciar la sesión, pero acaban por ser retiradas de escena, eso es cierto.

—Entonces, ¿por qué llevaba puesta la «picardía» la doctora Mirepoix a las tres o las cuatro de la madrugada?

—Mmm... ¿Estaba esperando a alguien? —sugirió Puget.

—Me inclino a creer que sí.

—¡Caramba, pues ya es esperar!

—Sin duda. Sólo que ella debía estar esperando durmiendo, con la «picardía» puesta. Primero esperaba despierta, pero el sueño le venció.

Finalmente, llegó el asesino, y, o bien ella misma le abrió la puerta, o él tenía llave. Tiene que ser una de estas dos cosas. ¿Le parece correcto todo, hasta aquí?

—Sí. Pero eso no indica que no fuese un colega suyo, un médico.

—Aunque actualmente la profesión médica no resulta tan sacrificada como hace algunos años, si yo fuese médico no andaría por ahí a las tres de la madrugada. En primer lugar, si es un médico casado, encuentro absurdo el horario de visita para su amiguita. Y si es soltero, tendrá, como todos los médicos, determinadas obligaciones pendientes. Se diga lo que se diga, cualquier médico puede ser llamado por teléfono a las tres de la madrugada, o a las cuatro. ¿Se arriesgaría usted a que no le encontrasen en casa a esa hora, teniendo en cuenta que estaría planeando nada menos que un asesinato?

—Bueno, no... No. Caramba, usted le está suponiendo al asesino una,., inteligencia criminal que quizá no tenga.

—Yo creo que la tiene. Puget, no se trata de un crimen pasional, y le diré por qué estoy seguro de eso. Si hubiese sido un crimen pasional, posiblemente la doctora Mirepoix habría sido estrangulada, o le habrían golpeado la cabeza con algo, o, como máximo, el cuchillo con el que la mataron sería de su propio apartamento, en cuyo caso, dudo mucho que el asesino se lo llevara. No. Llegó con el cuchillo, entró por sus medios o fue recibido, y mató a Blanche Mirepoix, que lo estaba esperando.

—¿Y no era un colega suyo? —gruñó Puget.

—Yo no lo creo. Pero podemos repartirnos el trabajo sin problema alguno: usted investigue por ese lado, y yo por el otro.

—¿Cuál otro, qué más tenemos?

—He solicitado la exhumación del cadáver de Ariadne Villegly, para que le hagan la autopsia. Cuando tengamos el resultado de ésta, ya veremos.

—Vamos, Jourdain... ¿Espera realmente descubrir que esa anciana fue asesinada?

—Sólo quiero que le hagan la autopsia —gruñó ahora Hilaire.

—Eso es tanto como conceder crédito a un... fantasma.

—Según el doctor Lémur, Marie es una persona con todas sus facultades mentales en perfecto estado.

—¡Pero no pudo ver jamás algo que no existe!

Hilaire Jourdain frunció el ceño. Miró el gemelo, la «picardía» que todavía sostenía Puget, ahora en una mano, y movió la cabeza, con gesto incierto.

—No perdemos nada con esa autopsia. Ni con la investigación de usted en el círculo profesional y/o de amistades de la doctora. Pero por hoy ya es suficiente —miró su reloj—; son casi las siete y media, y tengo apetito y estoy cansado. ¿Qué tal si lo dejamos por hoy?

—De acuerdo.

—Voy a ver si está el señor comisario todavía en su despacho, para despedirme de él —se puso en pie Hilaire—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Jourdain se puso su gabán, y salió del despacho. Estaba cerrando la puerta cuando oyó el timbre del teléfono. La volvió a abrir, y se quedó mirado a Puget, que contestaba la llamada.

—¿Sí? Sí, sí... Un momento —Puget lo miró—. Para usted.

—Gracias —se acercó Hilaire—, ¿Diga?

—Señorita Villegly... Encantado de oírla. ¿Puedo servirla en algo?

—¿Le gustaría hablar conmigo? —Sonrió Hilaire—. Me parece estupendo. Oh, bien, espero que Marie se encuentre bien, naturalmente.

—Me alegro. Dígame dónde y cuándo quiere que nos veamos; estoy a su disposición.

—¿Ahora mismo? Ningún problema, aunque me disponía a ir a cenar a cualquier sitio. No, no, de veras, no me molesta en absoluto. Al contrario, me gustaría invitarla.

—A usted por aceptar. ¿Tiene preferencias por algún sitio?

—Me parece bien. Dígame la dirección. Sí. Sí, de acuerdo. Estaré ahí dentro de veinte minutos. Hasta ahora.

Colgó. Se dio cuenta de que Puget le miraba conteniendo una sonrisita, y sonrió a su vez.

—Los policías, como los médicos, nunca terminamos nuestro trabajo cuando queremos —comentó.

—Si quiere, puedo ir yo a cenar con la señorita Villegly —sugirió Puget, con leve ironía.

—No, no... Me sacrificaré.

* * *

—Señorita Villegly, buenas noches —Hilaire inclinó la cabeza hacia Maxine, ya sentada a una mesita en un rincón del pequeño restaurante—. O es usted muy puntual, o me he retrasado.

—Ni una cosa ni otra —sonrió Maxine—. Le llamé desde mi apartamento, que está apenas a dos manzanas de aquí.

—Ah... ¿Me permite? —Hilaire se sentó frente a ella—. Quizá le gustaría tomar un aperitivo.

—Sí, gracias.

—Este es un lugar muy agradable. Y supongo que lo conoce usted bien, por lo que me parece conveniente que pida lo que le parezca mejor, tanto en el aperitivo como en la cena.

—De acuerdo —sonrió Maxine.

Llamó a uno de los camareros, que acudió sonriente, y tomó el pedido de la muchacha, intercambiando viejas bromas. Evidentemente, Maxine Villegly era dienta del establecimiento, y Jourdain hizo un comentario al respecto, cuando el camarero se retiró.

—En efecto —asintió Maxine—, vengo a cenar aquí con mucha frecuencia. La comida y el trato son agradables, y no vale la pena ponerse a

cocinar después de un día de trabajo.

—¿No le gusta cocinar? —preguntó Hilaire, ofreciéndole un cigarrillo.

—La verdad, no mucho.

—A mí me distrae. Pero suelo hacer como usted: ceno en cualquier sitio con frecuencia. Es la ventaja de no tener que dar explicaciones a nadie.

El destello de una sonrisa pasó por los ojos de Maxine.

—Yo también vivo sola, si se refiere a eso.

—Sí... Sí, a eso me refería. Verdaderamente, su capacidad de captación es admirable, señorita Villegly. Apostaría cualquier cosa a que sabe calibrar a cualquier presunto cliente nada más verlo. Me refiero ahora a sus seguros, claro está.

—Tengo buen ojo para las personas —casi rió Maxine.

—En ese caso, debe tener una buena cartera de pólizas.

—¿Se refiere ahora a mi aspecto? Sin duda usted ha sabido ver que mis ropas son de calidad, de alto precio. Y seguramente, ha deducido que debo ganar bastante dinero. ¿Es así?

—Bueno —casi se sonrojó Hilaire—. Bien, realmente, salta a la vista que no le falta a usted dinero, claro.

—Pero no lo gano todo con los seguros —rió ya declaradamente la muchacha—. Mis padres me dejaron una suma no poco importante que, en su tiempo, heredaron, cuando mi abuela pasó a ocupar el puesto de jefe de los Villegly. A decir verdad, podría dejar de trabajar en cualquier momento.

—Eso es muy satisfactorio —mascullò Hilaire.

—Pero ¿qué haría? Durante una temporada intenté pintar, pero era un desastre. Luego, escribí una novela, pero todo lo que conseguí fue que el editor me hiciera una proposición de matrimonio. Dijo que la novela era malísima, pero que una persona de mi sensibilidad y cultura era un... tesoro que no estaba dispuesto a dejar escapar. Pero me escapé. Decididamente, no estoy dotada para el Arte, así que pensé qué otra cosa podía hacer. Y me decidí por los seguros. ¿Qué opina usted de los seguros, inspector?

Llevó el aperitivo. Hilaire bebió un sorbo, fruncido el ceño.

—Pues no sé qué pensar, francamente. Pero me gustaría saber por qué se decidió usted por ellos.

—Sé que algunos seguros, o mejor dicho, algunos agentes, engañan a muchas personas, más que por acción, por omisión de información. Generalmente, esas personas son de buena fe, firman, pagan y en determinado momento se encuentran con que no era eso lo que ellos querían. Sin embargo, los seguros son convenientes en las más de las ocasiones. Pensé que yo podría vender pólizas con honradez, y ayudar así a personas despistadas a soportar posibles calamidades o contratiempos futuros. Honradamente, considero que estoy realizando una labor útil y beneficiosa para muchos de mis semejantes. ¿Qué opina de esto?

—Nunca había visto los seguros bajo ese prisma, pero creo que tiene usted razón.

—Magnífico. ¿Tiene usted algún seguro, inspector?

Hilaire respingó, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Maxine. La muchacha se echó a reír, y el policía acabó haciendo lo mismo..., sin dejar de observar, fascinado, el resplandeciente rostro bellísimo que tenía ante él.

—Pues no —terminó diciendo—, no tengo ningún seguro.

—¡Qué interesante! ¿Y no se siente usted... como desamparado?

—La verdad es que no. En la policía tenemos cuanto necesitamos, incluida la jubilación. Además, puesto que estoy solo en la vida, ¿para qué quiero un seguro? Y a propósito: ¿tenía algún seguro la doctora Mirepoix?

—¿No hablamos ya de eso? —Forzó la memoria Maxine—. Me parece recordarlo. Pero no, no le había hecho ningún seguro.

—Ah.

—¿Podría ser un abrecartas el arma que utilizaron? —preguntó muy seria de pronto Maxine.

—¿Qué...? ¿Un abrecartas? Bueno, depende de cómo fuese el abrecartas, claro.

—Digamos, un abrecartas de oro macizo, con una longitud total de unos treinta centímetros, de los cuales quince o dieciséis eran hoja y el resto mango con grabaciones para que se adaptase bien a la mano. Por supuesto no afilado como para cortar un bistec, pero sí lo bastante para... penetrar en un cuerpo.

—Sí —murmuró Hilaire, tras un parpadeo lento—. Un objeto así podría haber sido el arma homicida, desde luego.

—El abrecartas de mi abuela no está en su despacho.

—¿Perdón?

—Mi abuela Ariadne tenía siempre sobre su escritorio un abrecartas como el que le he descrito. Esta mañana, cuando estuvimos usted y yo en el despacho, el abrecartas no estaba en su sitio de siempre. Me di cuenta de ello, pero digamos que no lo asimilé, no reparé conscientemente en el detalle hasta la tarde. De pronto, me vino a la memoria que había visto la mesa de mi abuela y que no estaba el abrecartas en su sitio.

—Bueno, quizá...

—Lo he buscado por todo el despacho. No está.

—Bien, si es de oro, quizá algún criado lo haya...

—De ninguna manera. Ni Gaston ni Honoré, ni mucho menos Marie, robarían nada de la casa de los Villegly. Lo rechazo rotundamente.

—Pero ese abrecartas debe de estar en alguna parte, ¿no? Quizá alguien de su familia estaba encaprichado de él, y estos días en que han permanecido en la villa se lo llevó.

—Eso sí podría ser, quizá —admitió Maxine—. Oh, bueno, me pareció que debía usted saberlo. Estuve a punto de llamarle desde Villeneuve St. George, pero pensé que no le molestaría que nos volviésemos a ver..., aunque fuese por una tontería.

—No es ninguna tontería —murmuró Hilaire—. Y no me molesta en lo más mínimo volver a verla. Al contrario. Bueno, siempre y cuando no intente

hacerme un seguro, se entiende.

Maxine Villegly se echó a reír. Hilaire Jourdain pensó que sólo un retrasado mental podría sentirse molesto por cenar en compañía de una criatura tan encantadora.

—¿Café y coñac? —propuso cuando hubieron terminado de cenar.

—Oh, sí. Pero ya hay demasiada gente aquí, y demasiado humo. ¿Por qué todos fuman tanto, incluso en un restaurante? No me parece considerado para el prójimo, francamente.

Hilaire miró el cigarrillo que humeaba entre los dedos, y por segunda vez aquella noche, enrojeció. Se apresuró a apagar el cigarrillo en el cenicero, y sintió cómo se le aceleraba el corazón cuando Maxine rió una vez más.

—Bueno —masculló, dejando el importe de la cena en el plato, sobre la nota—. Podemos ir a tomar esa copa donde usted guste, señorita Villegly.

—De acuerdo —aceptó ella rápidamente.

CAPITULO IV

Maxine cerró la puerta y miró sonriendo a Hilaire.

—Prepararé el café inmediatamente —aseguró.

—Yo no tengo ninguna prisa.

—Me alegro. ¿Qué prefiere? ¿Esperar en la salita tomando ya un coñac, o hacerme compañía en la cocina mientras preparo el café?

—¿Qué prefiere usted? —la miró especulativamente Jourdain.

—Que me haga compañía en la cocina.

Se quedaron mirándose fijamente. Hilaire Jourdain no estaba muy seguro de pisar terreno firme, pero seguía sintiendo que su corazón latía a ritmo desacostumbrado. Quizá por la sonrisa de Maxine Villegly, quizá por lo que él mismo estaba pensando. De todos modos, habría sido una torpeza considerar que porque una mujer le invitaba a tomar café y coñac, todo estaba dicho.

—¿No se quita el gabán? —murmuró Maxine.

Le ayudó a hacerlo, y luego se despojó él de la prenda. El cuerpo de Maxine Villegly era espléndido, precioso. Hilaire pensó en esas películas en las que, cuando el protagonista llega al apartamento de la protagonista, ella dice que va a ponerse cómoda. Y aparece luego en deshabillé... Cosas del cine. ¡Caramba, habría sido tremendo ver aparecer a Maxine Villegly cubierta sólo con una prenda como la que había llevado la doctora Mirepoix cuando la mataron! Intentó imaginársela con un sujetador azul con la copa abierta de modo que se vieran las puntas de los pechos, los pezones...

—Apuesto a que sé lo que está pensando —dijo Maxine.

Hilaire la miró sobresaltadísimo.

—¡Espero que no! —exclamó.

—¿A que sí? Está usted pensando que posiblemente sabe preparar el café mejor que yo.

—¡Ah! Oh, pues... Bueno, algo así.

—Entonces, prepárelo usted.

Le tomó de una mano, y tiró de él hacia la cocina. Hilaire comenzaba a tener malos pensamientos. Es decir, buenos pensamientos. Malos, habría sido desear asesinar a Maxine, por ejemplo. Pero lo que se le ocurría que podía hacer con ella no era nada malo. ¿A qué vacilar tanto? Una chica no lleva así como así a un hombre a su apartamento... para tomar café.

Entraron en la cocina y Maxine facilitó a Hilaire lo necesario para preparar el café. Acto seguido, para pasmo y sobresalto del policía, dijo:

—Mientras lo prepara, iré a ponerme cómoda.

Y salió de la cocina. Durante unos segundos, Jourdain permaneció petrificado. Reaccionó y comenzó a preparar el café. ¡Maldito si le importaba el café y el coñac en aquellos momentos! Pero se dedicó a prepararlo, intentando obsesionarse con los acontecimientos. Acababa de poner la

cafetera en el fuego cuando en la puerta de la cocina sonó la voz de Maxine:

—Traigo el coñac. Espero que no le importe tomarlo en la cocina.

Hilaire Jourdain se volvió, lentamente. La decepción fue tal que se plasmó inevitablemente en su rostro. Maxine estaba allí, con una botella de coñac en una mano y dos copas en la otra, entre sus finos deditos. Bueno, se había puesto cómoda, desde luego: se había quitado los zapatos de tacón alto, y se había puesto unas zapatillas de piel de visón, quizá. Ah, y se había desabrochado un botón más de la blusa.

—No —consiguió mascullar—, no me importa, desde luego.

—Me alegro. Yo encuentro que la cocina es un lugar muy agradable.

—Sí... Es cierto, sí. El café estará en pocos minutos.

—Muy bien.

Maxine colocó las copas sobre la mesa de cocina, sirvió coñac, y se acercó a Hilaire, que miraba con el ceño fruncido la cafetera, rumiando su decepción. La muchacha se colocó junto a él, y le tomó una mano. La miró con el ceño todavía fruncido.

—¿Sí? —inquirió.

Con los hermosos ojos llenos de chispas de risa, Maxine dijo:

—Si quieres, después del café puedes quedarte.

* * *

Imposible dormir.

Oía junto a sí la profunda respiración de Maxine, y recordaba sus besos, su aliento fresco, sus labios dulces y tiernos. Bueno, lo recordaba todo, y le parecía como si hubiera sucedido hacía miles de años. Recordando la dulzura con que ella se le había entregado, Jourdain volvió la cabeza para mirarla, tendida desnuda a su lado. Los dos estaban desnudos. Cierto, no tenía lógica que una mujer terminase con ninguna prenda de ropa encima después de los primeros roces con un hombre...

La iluminación era prácticamente nula; apenas un leve resplandor de la ventana, amortiguado por las cortinas. Pero suficiente para él, que llevaba rato con los ojos abiertos, para distinguir las hermosas formas del cuerpo femenino. Maxine tenía la piel de un blanco precioso, que destacaba aceptablemente en la oscuridad casi total. Podía ver la forma de su vientre, y de sus pechos, que tantas veces había besado antes y después de hacer el amor. Bueno, así ocurren las cosas en la vida; cuando uno menos lo espera, sucede algo importante. Ah, sí, importante, porque ciertamente el inspector Jourdain no tenía la menor intención de prescindir en el futuro de la compañía de Maxine Villegly. La cosa era sencilla: ambos se habían sentido atraídos el uno hacia el otro apenas verse. Y siendo así, ¿por qué complicarse la vida con tonterías?

No pudo resistir la tentación de acariciar un seno de la muchacha. Lo notó fresco en la habitación adecuadamente caldeada por la calefacción. Fresco,

fino, delicado, turgente... Deslizó la mano hacia el vientre de Maxine, y luego volvió a acariciarle los senos.

Maxine murmuró algo. Se movió, y Jourdain retiró vivamente la mano, para no despertarla. Pero ella se le acercó, se abrazó a él y le besó en los labios. Luego susurró:

—¿Quieres otra vez?

—Duerme —murmuró Hilaire, sonriendo.

Ella volvió a besarle, sus piró, y a los pocos segundos su respiración volvía a ser lenta y profunda. No era ninguna mala idea la de dormir abrazados, y Jourdain se dijo que tenía que intentarlo; tenía que dejar de pensar, de acariciar la espalda de Maxine, y dormir...

De pronto abrió de nuevo los ojos. Tardó un par de segundos en comprender que, en efecto, se había dormido, o al menos adormilado, pero que acababa de despertar. ¿O estaba soñando que había despertado?

Movió un poco la cabeza, lo justo para no molestar a Maxine, pero, al mismo tiempo, poder mirar hacia la puerta del dormitorio. Se sintió de pronto como si su cuerpo fuese de corcho, algo incapaz de experimentar la menor reacción, el menor movimiento... ¿Estaba soñando todavía, estaba loco..., o estaba viendo cerca de la puerta del dormitorio un resplandor como... verdoso?

No podía moverse.

Y no era propiamente miedo, o mejor dicho, solamente miedo, sino un desconcierto total. Como si tuviera la mente en blanco, como si en su cerebro no pudiese germinar orden alguna de movimiento para su cuerpo.

El resplandor verdoso apareció perfectamente visible en el hueco de la puerta. Parecía un cuerpo flotando, y el leve resplandor se extendió entonces por todo el dormitorio. Aquel... bulto flotante se movía, como hinchándose y deshinchándose, siguiendo el compás de la respiración que Jourdain comenzó a oír con más intensidad que la de Maxine.

SSSSEEEE... SSSSEEEEE-SSEE... SSSSEEEEEE- SSSEEE...

El bulto verdoso entró en la habitación, que parecía ahora llena de luz verde suave, casi dorada. Hilaire Jourdain tuvo la sensación de que aquella respiración que hinchaba y deshinchaba el cuerpo o lo que fuese, producía el mismo efecto en las paredes. Como si pudiese ensanchar la habitación y luego comprimirla...

SSSSEEEE-SSSEEE... SSSSEEEE-SSSEEE...

Comenzó a moverse con cuidado, pues no quería despertar a Maxine. Lógicamente, si la muchacha despertaba de pronto y veía aquello se iba a llevar un susto de muerte. En aquellos momentos, Hilaire no estaba siquiera capacitado para pensar, admitir que él también tenía una buena y fortísima impresión.

SSSEEE-SSEEE... SSSSEEEE-SSEEE...

Movió un poco más a Maxine, para apartarla de sí, para quitarse de encima de su pecho y hombro derecho el rostro de ella. La estaba empujando con

todo cuidado, cuando algo relució por encima del fantasma: una cosa alargada, rutilante, que lanzó destellos verdosos y dorados. La revelación fue como una diminuta explosión en la mente del inspector Jourdain: el abrecartas de Ariadne Villegly. Acto seguido, impetuosamente, llegaron, como atropellándose, aturdiéndole, otros pensamientos: el fantasma se disponía a matar, no sabía que él estaba allí, creía que Maxine estaba sola...

Empujó un poco más a Maxine y notó que ésta se movía por sí misma. Percibió que ella alzaba un poco la cabeza sobre su pecho, y oyó su susurro somnoliento:

—Hilaire, ¿qué...?

Notó la tensión del cuerpo de Maxine, y en seguida, ella se separó de él, y él supo que la muchacha se había sentado de un salto en la cama. Presintió el alarido de Maxine antes de oírlo, y se sentó a su vez, girando hacia ella, y buscando su boca con la mano. Sólo consiguió amortiguar considerablemente el grito, pero no impedirlo. En su mano notó el caliente aliento de la muchacha.

La situación escapó del control de Hilaire Jourdain. En el mismo momento en que comprendía que su inmovilidad había sido una actitud subconsciente para mantenerlo engañado al fantasma y dejar que se acercase para dominarlo, el fantasma dejó de moverse, quedó inmóvil, con el resplandor del abrecartas en alto.

—¡No grites, Maxine, ten serenidad! —jadeó Hilaire, soltándola y saltando de la cama, dispuesto a hacerlo sobre el fantasma.

Pero aún no habían tocado sus pies en tierra cuando el resplandor verde desapareció, se «apagó». Hilaire soltó una imprecación y, sin más consideraciones, saltó hacia donde había visto hasta entonces el resplandor. Estaba seguro de haber calculado bien la distancia, pero su cuerpo proyectado por sus fuertes piernas sólo encontró el vacío, cayó duramente al suelo, se deslizó por éste, y fue a dar de cabeza contra algo, una butaca, o cualquier otro muelle.

—¡Hilaire! —gemía Maxine—. ¡Hilarie, Hilaire...!

—¡Enciende la luz! —barbotó Jourdain, poniéndose en pie.

—Oh, Dios mío, Dios mío...

—¡Maxine, la luz!

Oyó a la muchacha removerse en la cama, el ruido de su mano en alguna parte buscando el interruptor de la luz de la mesita de noche... La luz se encendió. Maxine estaba sentada en la cama, como a punto de caer al suelo, y tenía los ojos desorbitados...

—¡No te muevas de aquí...! —ordenó Hilaire.

Ni temía a los fantasmas, ni a un hombre o lo que fuese armado solamente con un abrecartas, así que salió rápidamente del dormitorio. El resto del apartamento, naturalmente, estaba a oscuras... Jourdain comenzó a maldecir con admirable soltura muy francesa: ¡no sabía dónde estaban los interruptores de la luz, sólo sabía dónde estaba el de la cocina! Caminó por el pasillo,

tanteando la pared... Le pareció notar una breve corriente de aire en su desnudo cuerpo, pero cesó en seguida. Lanzó otra maldición: ¡la puerta del apartamento había sido abierta y cerrada de nuevo rápidamente!

Encontró el interruptor del pasillo, y lo accionó. El aplique de la pared se encendió, la luz se extendió hacia el fondo del apartamento y la puerta. Hilaire corrió hacia ésta, la abrió, y salió al descansillo del pasillo, que estaba a oscuras. Lanzando otra maldición, comenzó a tantear también aquella pared, en busca del pulsador de tiempo. Se esforzó incluso en no respirar, para oír cualquier sonido cercano a él, o en las escaleras.

Pero no se oía nada.

No se oía absolutamente nada en ninguna parte.

El silencio era total, gracias a que, evidentemente, Maxine estaba consiguiendo controlarse.

Encontró el interruptor de tiempo, y lo apretó. La luz se encendió en toda la escalera del edificio. Hilaire corrió hacia la jaula del ascensor e intentó mirar hacia abajo. No podía ver nada, era imposible. Sin vacilar, se lanzó escaleras abajo, a toda velocidad, notando en las plantas de los pies el frío de los escalones... ¡Al demonio!

Llegó al vestíbulo jadeante, y se abalanzó hacia la puerta que daba a la calle, el mecanismo de cuya cerradura era de los que permiten abrir desde dentro sin llave, simplemente girando el pomo, pero que requieren llave para ser abiertos desde fuera. Abrió la puerta de un tirón y salió a la calle. Se estremeció al recibir de lleno el frío ambiente nocturno, un escalofrío recorrió su cuerpo.

No vio a nadie.

Todo estaba lleno de automóviles estacionados, relucientes a la iluminación eléctrica, pero no se veía un alma. El aire era frío, como henchido de lluvia. Hilaire hizo un gesto de desesperación, mirándose desde el pecho a los pies, desnudo como vino al mundo.

—¡La madre que...!

Retrocedió, cerró rabiosamente la puerta y se lanzó escaleras arriba, asaltado por un pensamiento súbito y horrible: ¿y si el «fantasma», en lugar de bajar, había subido al primer piso, y mientras él bajaba había entrado en el apartamento de Maxine?

Llegó arriba casi en menos tiempo del que había invertido para bajar, y entró como una tromba en el apartamento, corriendo hacia el dormitorio. Se detuvo jadeante en la puerta, mirando con expresión desorbitada a Maxine, quien, a su vez, lo miraba con ojos que parecían a punto de saltar de las órbitas, demudado el rostro.

—¿Estás..., estás... bien? —jadeó Hilaire.

Ella asintió. Jourdain se abalanzó hacia donde estaban sus ropas, y comenzó a vestirse. Se detuvo en seco, y miró de nuevo a Maxine.

—Vístete. ¡Date prisa!

Ella saltó de la cama y comenzó a vestirse. De pronto, rompió a llorar.

Hilaire la miró sobresaltado, y acto seguido fue hacia ella y la abrazó.

—Lo siento —murmuró—. He sido muy brusco contigo, Maxine. Lo siento de veras, querida.

—No..., no es por eso —sollozó Maxine—. ¡Hilarie, lo hemos visto, lo hemos visto!

—No lo digas. Y tranquilízate. ¿De acuerdo? —La colocó frente a él, le tomó el rostro entre las manos y la besó en los labios suavemente—. ¿De acuerdo, Maxine? Vamos, vamos, los dos sabemos que no hay fantasmas, ¿verdad?

—Pe..., pero yo he visto..., he visto...

—No sabes lo que has visto. Y yo tampoco lo sé. Pero sí sé que no es ningún fantasma. Y por si quieres saberlo, llevaba el abrelatas de tu abuela, según deduzco. Pero no era un fantasma, ¿está claro?

—Sí... Oh, sí, Hilaire, pero..., ¡era horrible!

—Bueno, eso sí —admitió Jourdain, estremeciéndose—. En cambio, tú eres preciosa, Maxine: te amo.

Ella le miró con los ojos muy abiertos. Casi consiguió sonreír y se abrazó a él. Hilaire la acarició durante unos segundos y volvió a apartarla, sujetándola por los hombros.

—Llamaría a la prefectura para que enviasen unos cuantos hombres, pero no sólo no quiero complicarte la vida aquí, sino que estoy seguro de que sería inútil en todo. De todos modos, mientras tú terminas de vestirte, yo echaré un vistazo, y pensaré qué conviene hacer.

—Sí... Está bien.

Hilaire la besó en los labios de nuevo, la soltó, y miró su reloj: las dos y cuarenta minutos de la madrugada. Sin duda, se trata de un fantasma muy trasnochador. ¿Acaso los fantasmas no suelen vagar a las doce de la noche? Bueno, a partir de las doce de la noche. Soltó un gruñido, terminó él también de vestirse y salió del dormitorio.

Fue directo a la puerta del apartamento, que antes no había mirado. Estaba seguro de que sólo allí podría encontrar algo más o menos interesante, porque no era presumible que el fantasma hubiese ido dejando huellas o señales de cualquier clase por el apartamento.

Tampoco había señal alguna en la puerta: ni en la cerradura, ni en torno a ésta.

Regresó al dormitorio. Maxine, sentada en una butaca, se quedó mirándolo.

—¿Alguien tiene llave de tu apartamento?

—No... No, no.

—Maxine, tienes que decírmelo. Nada va a cambiar entre nosotros porque antes de mi hubiese habido otro u otros hombres.

—Bueno, hubo... Sí, hubo otro hombre antes, pero nunca le di llave alguna. No hubo tiempo, pronto me desilusioné de él. Tienes que creerme.

—De acuerdo. Pero, sea como sea, alguien tiene una llave de tu

apartamento.

—¿No ha podido abrir... de otro modo?

—Sí, por supuesto; con una ganzúa. Pero si es así, mis compañeros del equipo técnico encontrarán alguna señal en la cerradura por la mañana. Sin embargo, yo creo que alguien tiene una llave..., del mismo modo que tenía la llave de la villa de tu abuela. Bien, ya veremos eso. Ahora tenemos que marcharnos de aquí.

—¿Marchamos? ¿Adónde?

—A mi apartamento. Ya veremos si el fantasma es tan listo que puede encontrarte allí. ¡Maldita sea, lo he tenido al alcance de mis manos...!

—¿Crees... que venía a matarme a mí?

—¿A quién si no? ¿A mí? ¡Ni siquiera sabía que estaba contigo! Si lo hubiera sabido, seguro que no habría venido. Bien, mi pequeña Maxine; según parece, tú formas parte de todos. ¡Hay que avisarlos!

—¿A quiénes? —preguntó fríamente Maxine.

—¿Qué te pasa?

—Me pregunto de quién sospechas, aparte de mí, como... participante en el «asesinato» de mi abuela.

—Vamos, Maxine, sé razonable. Yo no he dicho nada semejante. Pero, puesto que las cosas están encarriladas de este modo, creo que debemos avisar a las personas que puedan parecer sospechosas de integrar ese grupo de todos. Una de esas personas era Blanche Mirepoix. Otras deben ser, sin duda, tus familiares; ya que han venido a por ti, cabe pensar que también pueden ir a matarles a ellos. Tenemos que avisarles. Supongo que sabes números de teléfono.

—Naturalmente. ¿Qué les digo? ¿Que estaba en la cama contigo cuando el fantasma de la abuela Ariadne ha venido a asesinarme, y que tengan cuidado, que puede ir a matarles a ellos?

—¿Acaso no es ésta la verdad? Desde luego, puedes inventar cualquier explicación en la que se omita mi presencia en la cama, si lo prefieres así. Espera, se me está ocurriendo algo mejor... Simplemente, los vas llamando, y les dices que yo te he llamado a ti, y que te he pedido que vengas inmediatamente a la prefectura, y que los avises a ellos, a tus familiares, para que hagan lo mismo. Del resto ya me encargaré yo.

—Eres muy considerado con mi reputación.

Hilaire se acercó y tomó en sus brazos a Maxine, la puso en pie, abrazándola entonces por la cintura.

—Vamos a ver —sonrió—, ¿vas a enfadarte conmigo porque no quiera que sepan, de momento, que me has recibido en tu cama? ¿O el enfado se debe a que esté haciendo lo que considero mejor para varias personas, entre las cuales estás tú?

—Me estoy portando como una estúpida, ¿verdad?

—No conseguirías parecer estúpida ni aunque te lo propusieras —Hilaire la besó en la nariz—. Pero te has puesto un poco pelma con eso de que

desconfío de ti. Pese a esto, me gustaría repetir la experiencia de la invitación a café con coñac... muchas veces. ¿Estás tú arrepentida?

—No —sonrió Maxine.

—Entonces, déjame a mí hacer un par de llamadas y luego te dedicas a avisar a tus familiares, y a cualquier persona que se te ocurra que pueda estar relacionada con esto.

—Sólo mis familiares.

—Pues los llamas a ellos.

Primero, en efecto, Hilaire Jourdain hizo un par de llamadas. Luego, Maxine fue llamando a casa de sus familiares, todos residentes en París, de momento. Los fue localizando uno a uno y se negó a dar más explicaciones por teléfono: el inspector Jourdain la había llamado a ella, y le había pedido que los citara a todos en la prefectura inmediatamente, con toda urgencia, pues tenía algo importantísimo que decirles cuanto antes.

Las llamadas fueron tres solamente. Una, al domicilio de Martin Villegly, con el cual vivían su hija Jeannine y el marido de ésta, George Magnac; fue precisamente éste quien atendió en primera instancia a la llamada, hasta que el suegro acudió al teléfono. En la casa de tía Colette y la prima Heléne, fue la primera quien contestó. En el apartamento de Paul Laurent Villegly, fue éste, naturalmente, quien atendió la llamada, y fue quien menos objeciones puso y menos preguntas hizo, sin duda, como dijo luego Maxine a Hilaire, porque era el más inteligente y dinámico de todos.

—Muy bien —aprobó Hilarie cuando Maxine hubo terminado—. Ahora vamos tú y yo a la prefectura, y diremos que he pasado a recogerte en mi coche.

—¿Y qué les dirás cuando los tengas a todos allí?

—Bueno, bastará que les diga que, como pronto serán las tres de la madrugada, y el asesinato de Blanche se cometió a partir de esa hora, me he despertado pronto, se me ha ocurrido que esta noche podían intentar matar a cualquiera de vosotros, y que he preferido poneros a salvo.

—Dios mío... ¡Dirán que estás loco!

—No me importa. Que piensen lo que quieran, pero los habré puesto a salvo sin asustarlos.

—Verdaderamente —sonrió Maxine—, eres muy considerado, Hilarie.

CAPITULO V

—¡Es una terrible desconsideración! —Exclamó una vez más Colette Villegly—. ¡Son casi las tres de la madrugada!

—Lo has dicho varias veces, mamá —recordó su hija Heléne, un poco fastidiada—. Creo que debemos ir, y eso es todo. Maxine ha dicho que nos vamos a reunir allí con toda la familia.

—¡Pero son las tres de la madrugada!

—No has dejado de refunfuñar ni un momento desde que has empezado a vestirte. ¿Vienes o no vienes?

—Está bien... ¡Pero si no es algo verdaderamente importante ese inspector Jourdain va a oírme!

—De acuerdo, mamá —asintió con desgana Heléne—. ¿Quieres terminar de una vez, por favor?

—Hace frío. ¡No voy a salir de cualquier manera a la calle!

Heléne suspiró, se sentó en una butaca del dormitorio de su madre, y encendió un cigarrillo. Con su madre, lo mejor era tomarse las cosas con paciencia; era lo que daba mejor resultado. Y lo dio. Quizá por no tener ya nada que discutir, Colette terminó pronto de vestirse, y miró a su hija todavía con gesto irritado.

—Ya estoy lista.

—Pues vámonos.

Salieron del lujoso apartamento, tomaron el ascensor que llegaba hasta el estacionamiento subterráneo, y Heléne pulsó el botón. Segundos más tarde, salían del ascensor, cruzaban el pequeño rellano ante éste, y Heléne empujaba la puerta metálica de acceso al estacionamiento, capaz para sesenta automóviles. Sólo estaban encendidas las luces de mantenimiento, pero no necesitaba más. Se dirigieron hacia donde tenían las dos plazas de propiedad.

—Iremos en mi coche, si no te importa —dijo Heléne.

—Está bien.

Sus voces resonaron en el subterráneo. Y sus pisadas. Las dos llevaban zapatos de tacón alto. Cloc-cloc-cloc-cloc, resonaban sus pisadas apresuradas.

La luz se apagó de pronto, y las dos mujeres se detuvieron a la vez en seco, emitiendo Colette Villegly un gritito de susto, buscando en seguida la mano de su hija.

—¡Vaya...! —protestó ésta—. ¡Qué avería tan inoportuna!

—Dios mío, ¡qué oscuridad! —resonaron las palabras de Colette.

—No te muevas de aquí. Me las arreglaré para llegar al coche, y cuando encienda los faros podrás venir tú. Haz el favor de no moverte de aquí, ¿de acuerdo?

—No creas que me gusta mucho...

Hélène hizo un gesto de impaciencia, se desprendió de la mano de su madre y reanudó la marcha, con las lógicas precauciones. No tenía gran

sentido de la orientación, pero sabía que en cuanto tocase uno de los coches estacionados, podría seguir uno tras otro hasta tocar el suyo. Lo identificaría en seguida, porque...

Los pensamientos de Hélène se cortaron bruscamente.

Como su vida.

Murió sin saber lo que ocurría, sin enterarse. Sólo notó un inesperado golpe en la garganta, muy fuerte, pero nada más, porque la hoja del abrecartas lo cortó, rasgó, rompió todo cuanto encontró a su paso por el bonito cuello de Hélène. De la tremenda herida brotó un enorme chorro de sangre, que resonó en el suelo con escalofriante chapoteo.

—¿Hélène? —Llamó Colette—. Hélène, ¿qué...?

El cuerpo de Hélène llegaba entonces al suelo, cayendo hacia atrás, de espaldas. La cabeza resonó fuertemente en el piso, con seco ¡doc!

—Oh, Dios mío —gimió Colette—. Hélène, hija, ¿te has caído? Dime dónde estás para...

Colette había comenzado a caminar, extendiendo las manos hacia delante pese a saber que inmediatamente ante ella no había nada con lo que tropezar. De pronto, ante ella sí apareció algo: un resplandor verdoso, que pareció quedar flotando en el oscuro estacionamiento. Colette Villegly quedó inmóvil, con las manos tendidas hacia delante, la boca en móvil gesto de habla. Vio aquel resplandor, pero no comprendió nada. Quizá, nebulosamente, llegó a pensar que su hija llevaba una linterna en el bolso, que lo había recordado, y que acababa de encenderla. Quizá llegó a pensar esto. Pero en seguida, en el suelo, vio la forma del cuerpo de su hija, precisamente al resplandor verdoso y flotante que se iba acercando a ella. Le pareció algo así como un saco suspendido, flotante.

SSSSEEEE-SSEEE... SSSSSEEEE- SSEEE... SSSSEEEEE-SSSEEE, le llegó aquel sonido lento, silbante, mientras el saco luminoso parecía hincharse y deshincharse, sin dejar de acercarse. Colette sentía la garganta como paralizada, como apresada por una garra espantosa. Su rostro se demudó, sus ojos se desorbitaron. De pronto, comenzó a gritar. Fue como si de su garganta hubiese salido violentamente expulsado un tapón que la hubiese tenido obstruida. Su grito salió agudo, fortísimo, tremolante... e inútil en cuanto a la posibilidad de ser oído fuera del estacionamiento.

Sólo podía gritar. No podía hacer nada más, absolutamente nada más.

Gritaba.

Gritaba.

Gritaba...

El resplandor llegó ante ella, con aquel movimiento de desplazamiento flotante, con aquel hincharse y deshincharse, pero los gritos de Colette Villegly no permitían ahora que se oyese la respiración sibilante. Sin dejar de gritar, movió los ojos hacia aquella cosa reluciente y que goteaba algo, y que ahora se blandía sobre ella. La vio descender, y recibió el golpe, el tremendo impacto punzante sobre el corazón.

Fue un golpe terrible, espantoso, brutal, que la hizo enmudecer con un gorgorito quebrado en su garganta, y la empujó hacia atrás con violencia escalofriante.

Luego, en el silencio del estacionamiento subterráneo, se fueron oyendo los sucesivos golpes del abrecartas contra la carne, contra los cuerpos de Colette y de Hélène, mientras bajo aquel resplandor verdoso, la sangre salpicaba profusamente, espantosamente, a todos lados.

* * *

Debían ser las cuatro y media de la madrugada cuando Hilaire Jourdain llegó, finalmente, al estacionamiento, acompañado de dos gendarmes. Para entonces, todo funcionaba normalmente allí abajo. Es decir, volvía a lucir la luz que se dejaba encendida toda la noche, había silencio, los coches esperaban a sus propietarios...

Lo otro no tenía nada de normal.

Jourdain estaba pálido como un muerto, igual que los dos gendarmes que, tras acompañarle al apartamento de Colette y Hélène, habían bajado con él al estacionamiento, siguiendo una ruta lógica... De pronto, uno de los gendarmes se volvió, y comenzó a vomitar inconteniblemente. Esto hizo reaccionar a Hilaire, que miró al otro aterrado gendarme, y señaló al que vomitaba.

—Sáquelo de aquí —dijo con voz aguda.

No parecía que el otro gendarme estuviese demasiado bien, y hasta Hilaire sentía como repugnancia en su estómago, lo que le indicó que él también estaba a punto de vomitar, de modo que, a su vez, abandonó el estacionamiento.

Tenía que llamar a la prefectura.

Media hora más tarde, lo más discretamente posible, todo el aparato policial estaba en marcha. Habían llegado más policías, más gendarmes, el equipo técnico, una ambulancia... De pie en un lado del estacionamiento, como hipnotizado, Hilaire Jourdain observaba todo el movimiento, mientras un terrible pensamiento se obstinaba en permanecer en su mente: ¿había tenido él la culpa de aquello? ¿Debió avisar antes a los parientes de Ariadne Villegly? Honradamente, se decía que él había hecho lo que tenía que hacer, a medida que se habían ido ocurriendo las explicaciones, las soluciones, las decisiones. No era una computadora, era sólo un inspector de la policía francesa. ¿Cómo podía sospechar que el «fantasma» iba a actuar de nuevo aquella misma noche?

El había hecho lo correcto, lo oportuno. Había retirado del alcance del «fantasma» a los Villegly. A la prefectura habían llegado en primer lugar Martin Villegly, su hija Jeannine, y el marido de ésta, Roger Magnac. Un poco más tarde, había llegado Paul Laurent Villegly. Y todos habían estado esperando a Colette y Hélène, hasta que Paul Laurent hizo el comentario:

—Ya debían estar aquí: no viven lejos de la prefectura.

—Ya sabes que tía Colette es muy renuente —dijo Maxine.

—Eso es cierto. Pero quizá he debido pasar a buscarlas. Prácticamente, me pilla de camino. Bueno, esperemos que no tarden mucho —Paul Laurent había mirado a Hilaire—; la verdad, estoy impaciente por escuchar su explicación, inspector.

Hilaire no dio ninguna explicación todavía. Y unos minutos más tarde pidió a Maxine que telefoneara de nuevo a su tía Colette. No hubo respuesta, así que comprendieron que madre e hija estaban de camino. Más tarde, Paul Laurent soltó un gruñido y dijo:

—Si estaban de camino cuando Maxine ha llamado, ya deberían estar aquí hace rato.

Luego, la decisión de Jourdain: tomó un coche con dos gendarmes, y se fue para allá...

Un hombre se acercó al silencioso, inmóvil, pensativo Hilaire Jourdain en el momento en que éste pensaba que la culpa no era suya. ¿Por qué tenía que culparse de la lentitud de Colette y su hija en acudir a la prefectura?

—Inspector Jourdain —dijo el hombre—, tenemos la nota de usted pidiendo una investigación en otro apartamento. Si le parece, puedo enviar allá a dos muchachos.

—Sí... Está bien. Sólo se trata de la puerta, tanto del edificio como del apartamento; quiero saber si una y otra han sido abiertas con llave o forzadas con algo.

—Entiendo que lo de allí y lo de aquí está relacionado. —Sí... Así lo creo.

—Bien, si me da la dirección de ese apartamento...

Hilaire facilitó a su compañero la dirección de Maxine, y el investigador técnico, tras tomar nota, se alejó, después de dirigirle una mirada de curiosidad y simpatía. De nuevo quedó solo Hilaire, como si no perteneciese a todo aquel tinglado policial. En realidad, no tenía nada que hacer allí, después de haber subido al apartamento de Colette y su hija y de haberlas visto a ellas. No obtendría ningún resultado que no pudieran facilitarle, con muchos más detalles, los del equipo técnico, que seguirían trabajando en todo el estacionamiento y el apartamento después de que los cadáveres tan espantosamente acuchillados fuesen llevados al depósito de cadáveres.

Llamó a un inspector auxiliar, le dijo que si le necesitaban estaría en prefectura, y abandonó el estacionamiento. Pocos minutos más tarde, entraba en la sala de prefectura donde esperaban Maxine, Paul, Martin, Jeannine y Roger Magnac. Los cinco se quedaron mirándolo fijamente en silencio. Estaba claro que habían comprendido que había ocurrido algo, y su temor se ratificó al ver la expresión del rostro de Jourdain.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Maxine, con voz tensa. —Las han asesinado a las dos en el estacionamiento del edificio.

No supo ni pudo decirlo de otro modo. ¿Cómo podía decirse de otro modo? ¿Dándole mil vueltas a las mismas palabras? Maxine miraba a Hilaire aterrada. Jeannine se abrazó a su marido, y rompió en sollozos. Martin

Villegly parecía no haber entendido, estaba aturdido. Paul Laurent Villegly emitió un gemido, y se llevó las manos al rostro.

—Yo las he matado —dijo con voz crispada—. ¡Yo he sido! Ha sido por mi culpa, por mi culpa.

Hilaire, que contemplaba atónito a Paul Laurent, miró a Maxine, que asintió. Bien, estaba claro que durante su ausencia, la muchacha había explicado a sus parientes lo suficiente para que éstos estuvieran al corriente.

Volvió a mirar a Paul Laurent.

—Debe serenarse, señor Laurent.

—Usted no entiende —le miró el atractivo Paul, con expresión angustiada —. ¡Debí pasar a recogerlas, no me costaba nada, sólo tenía que perder dos minutos! ¡Debí...! ¡Dios!

—¿Cómo... cómo ha sucedido? —jadeó Martin Villegly.

Hilaire se pasó la lengua por los labios, mirando de uno a otro Villegly.

—A partir de este momento —dijo, eludiendo la respuesta— quedarán ustedes bajo protección policial. Espero que comprendan lo conveniente de esta decisión, señor Villegly. ¿Se encuentra usted bien, señora Magnac? ¿Quiere un coñac?

Jeannine, todavía abrazada a su marido, movió negativamente la cabeza. Paul Laurent exclamó, de pronto:

—¿Cómo puede un fantasma hacer una cosa así?

Hilaire dirigió a Maxine una mirada reprobativa, y la muchacha desvió la mirada. De todos modos, había que comprenderla: ¿por qué iba a ocultar lo que estaba sucediendo, por qué no había de decírselo a su familia?

—Señor Laurent —replicó Hilaire—, espero que comprenda que no se trata de ningún fantasma.

—¡Claro que no he querido decir eso! —Estalló Paul—. Pero ¿qué está ocurriendo?

—Mañana exhumaremos el cadáver de su abuela, señor Laurent. Tengo la esperanza de que, de un modo u otro, eso pueda ayudarnos a dirigir adecuadamente la investigación.

—Todo esto es una locura —gruñó Roger Magnac—. ¿A quién se le ha ocurrido la idea de que Ariadne fue asesinada?

—Al parecer, a la misma Ariadne Villegly, señor Magnac. Fue ella la que informó de esto a Marie.

—Espero que no esté usted hablando en serio —gruñó de nuevo Magnac.

—No es lo que yo diga lo que importa, sino lo que consiga averiguar.

—Pero... ¿y Colette, y Hélène? —Murmuró Martin—. ¿Qué... qué va a ser de ellas, dónde están, qué hacemos...?

—Han sido llevadas al depósito de cadáveres, y también serán sometidas a la autopsia, señor Villegly. Lo siento, pero es lo obligado, dadas las circunstancias de su muerte.

—¿Qué circunstancias? ¿Cómo las han...?

—¿Podemos ir a verlas? —interrumpió bruscamente Paul.

—Como poder, pueden —asintió Hilaire—. Están en pleno derecho, aparte de que deberán ser identificadas oficialmente. Pero me atrevo a sugerirles que eviten que los cadáveres sean vistos por Maxine y por la señora Magnac.

—Debe tener usted buenos motivos para decir eso —musitó Martin.

—Por supuesto.

—Podemos ir Roger y yo —murmuró Paul Laurent—. Por lo que usted dice, inspector, me parece que estará de acuerdo con esto.

—Francamente, sí, señor Laurent. Lo considero lo más acertado. Les acompañaré.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Maxine.

—Mi sugerencia es que permanezcan aquí, de momento. Por la mañana, iremos todos a la villa de Villeneuve St. George, para proceder a la exhumación de los restos de Ariadne, y creo que lo más conveniente sería que todos ustedes se quedasen en la casa, que quedará debidamente protegida por algunos policías.

—Es decir —masculló Paul—, que usted insiste en que el fantasma pretenderá seguir matándonos a todos los Villegly.

—Y posiblemente, a algunas personas más, eso no lo sé. Con sinceridad, señor Laurent: éste es el caso más extraño y espantoso de mi carrera. Y no sé por qué, tengo el presentimiento de que todavía nos esperan a todos momentos muy... desagradables.

—Salvo que usted encuentre una solución, inspector;

—Es lo que estoy intentando. Pero, señor Laurent, le aseguro que nunca, antes de ahora, me había dedicado a buscar un fantasma asesino... que a su vez, según ese mismo fantasma, fue asesinado.

—Eso es absurdo.

—Vayamos ahora al depósito, y, respecto a lo absurdo de todo esto, lo sabremos por la mañana, cuando abramos el ataúd de su abuela para entregar su cadáver al departamento forense...

CAPITULO VI

No sería posible entregar el cadáver de Ariadne Villegly al departamento forense.

El ataúd estaba vacío.

Un escalofrío de terror estremeció los cuerpos de todos los reunidos en el panteón de los Villegly. Eran poco más de las diez de la mañana, y afuera estaba nevando ligeramente, delicadamente. Hacía frío, el ambiente era lúgubre. Pero no era el frío lo que había estremecido a los presentes, ciertamente.

Vacío.

El ataúd estaba vacío.

El representante del juzgado fue el primero en reaccionar, si bien todo lo que pudo hacer fue volver la cabeza para mirar, atónito, a Hilaire Jourdain, que permanecía inexpresivo, como si ni siquiera hubiese oído las exclamaciones de los Villegly allí reunidos, de los dos gendarmes, del propio empleado del juzgado.

—Pero... ¿qué es esto? —Exclamó por fin Magnac, con un jadeo—. ¡No está el...!

—Dios mío —tartamudeó Maxine.

Jeannine recurrió a su consuelo preferido: se abrazó a su marido. Martin Villegly estaba lívido y totalmente desorientado, sin más capacidad de reacción que la que había significado su exclamación.

Paul Laurent murmuró:

—Alguien ha robado el cadáver, sólo puede ser eso.

—¿Para qué? —exclamó Magnac.

—¡Y yo qué demonios sé! ¡Pero lo han robado, eso es todo! ¡Espero que nadie de aquí sea tan imbécil como para creer que la abuela Ariadne anda muerta por ahí, matando a su familia...!

Hilaire Jourdain le dirigió una lenta y apacible mirada.

—El hecho cierto, señor Laurent —murmuró— es que no va a ser posible hacerle la autopsia a su abuela.

—¡Claro que no! ¡Y yo insisto en que...! Un momento: ¿qué ha querido usted decir?

—El inspector Jourdain —susurró Maxine, mirando fijamente a Hilaire— ha querido decir que sin cadáver no se podrá demostrar si la abuela fue o no fue asesinada. Con lo que, simplemente, esa duda va a persistir. ¿No es eso, inspector Jourdain?

Hilarie le dirigió una hosca mirada.

—Así es, señorita Villegly.

—Oh, pero usted encontrará el cadáver, ¿no es cierto?

—No lo sé. Sin embargo, empiezo a encontrar otras cosas. O mejor dicho, ideas.

—¿Ideas? —Exclamó el empleado del juzgado—. ¡Lo que tenemos que encontrar, inspector Jourdain, es un cadáver!

—Si usted quiere, me lo saco de la manga —lo miró con clara hostilidad Hilaire—. ¿Qué demonios le pasa? El cadáver no está así de simple, de modo que lo que tiene que hacer usted es igualmente simple: levante acta de ello, y no se meta en la labor policíaca, a menos que esté mejor preparado que yo para ella. ¿Lo está?

—No... No, señor —tartamudeó el hombre—. Bueno, no era mi intención...

—Está bien —se apaciguó Hilaire—. Lo siento.

—Bueno, yo... levantaré acta de...

—Espere. Ya que pretendo ser mejor investigador que usted, tendré que demostrarlo, ¿no le parece? Antes de levantar acta de la desaparición de un cadáver, nos aseguraremos de que, en efecto, no está aquí.

—¿Se ha vuelto loco? —Masculló Roger, señalando el vacío ataúd—. ¡De sobra vemos todos que...!

—Señor Magnac: ¿le importa que sea yo quien siga dirigiendo mi investigación?

—El cadáver no está —gruñó Magnac, molesto—. Eso lo vemos todos.

—En efecto. No está en su ataúd, pero, puesto que al parecer es un cadáver... móvil, un fantasma que puede estar en cualquier sitio, ¿no le parece que quizá esté fuera, en pleno día, descansando en otro nicho?

Se quedaron mirándolo como si nadie comprendiese. Hilaire miró a los dos hombres que habían llegado con el empleado del juzgado, y que eran los que habían retirado de su nicho el ataúd que debía haber contenido los restos mortales de Ariadne Villegly, y se disponía a dar una orden cuando Maxine preguntó:

—¿Crees que el cadáver puede estar en otro nicho, Hilaire?

—Podría ser, señorita Villegly.

—Eso es absurdo —refunfuñó Paul Laurent—. ¿Cómo se le ha ocurrido semejante cosa?

—Bueno, señor Laurent, si el cadáver no está donde debía estar, puede estar... o mejor dicho, debe estar en alguna parte, y me pregunto dónde mejor que en el panteón de los Villegly, en definitiva.

—Pero eso es...

—No es absurdo, ni es ninguna tontería —cortó secamente Hilaire—. Como tampoco me parece en estos momentos ninguna tontería pensar que Ariadne Villegly pudo ser asesinada. Escuche, señor Laurent, todos sabemos que no existen los fantasmas, y que los muertos se quedan donde se les deja. ¿Cierto?

—Hombre, claro, ya sé...

—Pues entonces, ¿por qué no está aquí el cadáver de su abuela?

—No sé.

—Voy a hacerle una sugerencia: quizá no está porque alguien lo robó,

precisamente para evitar que se le hiciese la autopsia. ¿Le parece esto admisible, señor Laurent? ¿O prefiere seguir creyendo que el fantasma de su abuela anda vagando por ahí abrecartas en mano?

—La verdad es que ya no entiendo nada de nada —gruñó Paul.

—Yo tampoco. Y verdad por verdad: no creo que encontremos en este panteón el cadáver de su abuela, pues sería demasiado fácil. Pero pienso que quizá el ladrón no tuvo tiempo de llevárselo a otro lugar, o que no pensó que se nos podría ocurrir buscarlo aquí, de modo que, por si acaso, lo haremos... ¿Qué están esperando ustedes? ¡Vayan mirando en todos los nichos vacíos!

Todos miraron hacia los negros rectángulos que aparecían en las paredes. ¿Podía estar el cadáver de Ariadne Villegly metido en la profunda oscuridad de cualquiera de aquellos nichos? Como posible, lo era, y, especialmente en los más altos, no sería visto desde fuera. Así que los dos hombres y su jefe del juzgado comenzaron el examen de los nichos vacíos.

Mientras tanto, Hilaire intentaba poner en orden sus pensamientos. Veamos... Admitiendo que alguien hubiese asesinado a la anciana Ariadne Villegly, sus cuitas habían comenzado en el momento en que el fantasma de la víctima se había aparecido a Marie para decirle que había sido asesinada, y que se vengaría de todos. Si el fantasma habían dicho esto, podía significar, efectivamente, que todos habían intervenido en su asesinato, a menos que la palabra todos se completase del siguiente modo: todos los que la habían asesinado..., lo cual no era, obviamente, lo mismo que referirse a todos cuantos conocía o convivían en algún modo con Ariadne Villegly. Es decir, que por un lado, alguien denunciaba el presunto asesinato, y por otro lado, alguien escamoteaba el cadáver para impedir que la policía adquiriese la certidumbre de dicho asesinato.

Había pues, dos fuerzas que se enfrentaban. Una, quiénes o quién había denunciado el asesinato de Ariadne. Dos, quién o quiénes robaban el cadáver para impedir que el asesinato fuese demostrado.

Todo esto, a menos que, «simplemente», Ariadne Villegly hubiese sido asesinada, y luego, convertida en fantasma, estuviese vagando por ahí en busca de venganza. Lo que significaría que tanto la doctora Blanche Mirepoix como Colette Villegly y su hija Jeannine habían formado parte de todos los que la habían asesinado... Puestas así las cosas, ¿quién más quedaba? ¿Quien más caería bajo el abrecartas de oro del fantasma de Ariadne Villegly?

Considerando que su primera hipótesis respecto a dos fuerzas que se enfrentaban no le parecía probable, ya que cada una sabría todo sobre la otra, en cuyo caso no había por qué jugar a fantasmas, Hilaire Jourdain llegó a la conclusión de que sólo podía quedarse con la segunda alternativa, esto es, con la que implicaba que el fantasma de Ariadne Villegly andaba por ahí vengándose. Y como esto no podía ser de ninguna manera, sólo quedaba una explicación: alguien había robado el cadáver de Ariadne Villegly con el fin de que tuviese una cierta verosimilitud precisamente que la anciana fuese de un lado a otro en busca de venganza. Pero los fantasmas no necesitan cuerpo, así

que, ¿por qué molestarse en robar el de Ariadne?

Jourdain se dio cuenta de que el empleado del juzgado estaba ante él, mirándole, diciéndole algo.

—¿Qué? —mascullό.

—No está en ningún otro nicho del panteón.

—Bueno, pero puede estar en cualquier otro ataúd.

—¡Dios mío! ¡No querrá que miremos dentro de todos los ataúdes que hay aquí dentro, inspector!

—¿Por qué no?

—Bueno, en primer lugar necesitaríamos autorizaciones...

—Déjelo —le interrumpió Hilarie—; la cosa no está tan complicada, supongo. Levante su acta, y por ahora hemos terminado.

—Es la primera vez que me ocurre una cosa así.

—Le creo. Yo tampoco he tratado mucho con fantasmas hasta ahora. Salgamos de aquí.

Salieron todos del panteón, que fue cerrado con llave por Martin Villegly; acto que mereció una mirada levemente irónica por parte de Jourdain. ¿De qué servía cerrar una puerta si podía ser abierta en cualquier momento? Claro que no por un vagabundo...

—Te has enfadado un poco conmigo, ¿verdad?

Miró a Maxine, que, ante él, esperaba su respuesta, al parecer preocupada. Movió la cabeza.

—Me ha molestado un poco tanto «inspector Jourdain» por aquí, «inspector Jourdain» por allá, eso es todo, señorita Villegly.

—Tienes razón, Hilaire.

—De acuerdo, Maxine.

Se quedaron mirándose. Una idea asaltó de pronto la mente de Jourdain: el «fantasma» también había querido matar a Maxine, de eso estaba él bien seguro. ¿Significaba, en definitiva, que ella también había tomado parte en el supuesto asesinato de Ariadne? Por más que él se resistiese a admitir una cosa así, la idea no era nueva... La única diferencia entre Maxine y Blanche Mirepoix, Colette y Jeannine, era que las tres últimas no habían escapado a la venganza del «fantasma». Claro que ellas no habían tenido a su lado a un policía para defenderlas...

—Con su permiso, volvemos a París —se acercó diciendo Martin Villegly, seguido de los demás familiares.

—Señor Villegly, convinimos...

—Tenemos algunas cosas que hacer allí, inspector. Habrá que ocuparse de... de lo necesario respecto a Colette y Hélène, ¿no le parece?

—Sí, pero no creo que sea necesario que vayan todos. En mi opinión, estarán más seguros en la villa, todos juntos, protegidos por unos cuantos gendarmes.

Paul Laurent Villegly se mostró un tanto sarcástico:

—Oh, no hay cuidado: los fantasmas no salen de día, inspector.

—No seas estúpido, Paul —reprendió Maxine—, Hilaire sólo está haciendo su trabajo lo mejor que puede, dadas las circunstancias.

—Lo siento —se disculpó Paul—. Bueno, la idea de estar todos reunidos aquí no me parece mala. Pero no vamos a dejar que tío Martin atienda él solo todo lo de tía Colette y prima Jeannine. Además, si vamos a instalarnos en la villa, aunque sea provisionalmente, todos necesitaremos cosas personales.

—Podemos ir a París a recogerlas, arreglar allá lo que sea necesario, y volver —dijo Roger Magnac—. Por mi parte, a las cuatro de la tarde puedo estar de vuelta. ¿Qué os parece?

Los demás asintieron. Hilaire, que iba mirando de uno a otro, hizo un gesto afirmativo.

—Yo también tengo cosas que hacer en París —murmuró—. Pero a las cuatro de la tarde volveré por aquí, y espero encontrar en casa a toda la familia... que queda de los Villegly.

Estos lo miraron sombríamente. Hilaire hizo un leve saludo, y se dirigió hacia su coche, dispuesto a regresar a París.

* * *

El comisario Delavert terminó de encender un cigarrillo, mientras su mirada se desplazaba lentamente de Jourdain a Puget y viceversa. Los dos inspectores, a su vez, lo contemplaban atentamente, como esperando el milagro.

Pero no había milagros.

—Los fantasmas —dijo Delavert, expeliendo humo— no existen, todos lo sabemos. Pero si existieran, me pregunto si tendrían la fuerza suficiente para manejar de modo tan brutal ese abrecartas. Su modo de matar es escalofriante. Su ensañamiento sólo puede ser obra de un loco. ¿Tenemos algún loco en el caso, Jourdain?

—Que yo sepa, no, señor comisario.

—No, señor. He estado investigando la posible vida amorosa de Blanche Mirepoix, y ciertamente, no me he topado con ningún loco. En cuanto a sus posibles amantes, no he podido localizar ninguno en el ambiente habitual de la doctora. No digo que no lo tuviese, pero nadie sabe nada al respecto.

Delavert asintió con un gesto, y quedó unos segundos pensativo antes de murmurar:

—Supongo que a ninguno de los dos se les ha escapado el hecho de que la doctora Mirepoix ha sido... tratada como un miembro de la familia Villegly, en cuanto a su muerte. ¿Les sugiere eso algo?

—Naturalmente, señor comisario —dijo Hilaire.

—Le escucho, Jourdain.

—Bueno, yo diría que es conveniente que la doctora Mirepoix sabía que Ariadne Villegly no falleció de un colapso.

—Pese a lo cual, firmó el certificado de defunción en ese sentido. ¿Por qué

haría una cosa así?

—Considerando estos detalles, y la desaparición del cadáver y por tanto la imposibilidad de obtener su autopsia, me atrevo a pensar que, en efecto, Ariadne Villegly fue asesinada, y que la doctora Mirepoix no era ajena a esto, ya fuese participando directamente de un modo u otro, o encubriendo a quien lo hizo.

—Todo lo cual nos llevaría a la conclusión de que quien asesinó a Ariadne Villegly se ha preocupado más adelante de asegurarse el silencio de la doctora Mirepoix.

—Así lo creo, señor comisario.

—Pero ¿por qué matar a más gente? ¿También los demás fueron cómplices del asesinato de Ariadne Villegly?

—No lo sé. Pero si lo fueron, y están matando a todos los que participaron, ellos deben saber quién lo está haciendo, deben haber comprendido que uno de ellos está matando a los demás.

—A menos que crean en fantasmas.

—Quizá yo mismo acabe creyendo en ellos —refunfuñó Hilaire—. No se ha encontrado señal alguna de violencia o anormalidad en 1a cerradura del edificio donde Maxine Villegly tiene su apartamento; ni en la cerradura de la puerta de éste. De donde se desprende que, o bien se trata de un fantasma que se filtra por donde quiere..., o de alguien que tiene llave del apartamento y el edificio. Igualmente, debe tener llave del estacionamiento subterráneo donde fueron asesinadas Colette Villegly y su hija. Y por supuesto, del panteón... En suma, si no es un fantasma tiene todas las llaves que quiere...

—Siga... ¿Por qué vacila?

—Iba a decir que en ese caso, el asesino o asesina sólo puede ser uno de tos Villegly.

—¿Por qué?

—No creo que tos demás le hayan entregado copias de sus llaves, pero sólo un Villegly podría tener copias. Me explicaré... En estos días pasados, debido a la muerte de Ariadne Villegly, todos se han reunido varias veces en la villa, y seguramente, lo han hecho en otras ocasiones, por diversos motivos. Uno de ellos pudo muy bien procurarse masilla, y, ya fuese tomando las llaves de tos bolsos de las mujeres o consiguiéndolas de cualquier otro modo, ir obteniendo moldes, y luego encargar tranquilamente las llaves, quizá lejos de París.

—Lo que significaría que todo esto habría estado preparándose meticulosamente durante un tiempo, ¿no es así?

—Así lo creo, señor comisario.

—¿Ha leído usted tos periódicos de la mañana, Jourdain?

—Sí, señor —musitó Hilaire.

—Como siempre, se meten con nosotros despiadadamente. Creo que sería conveniente terminar pronto este caso. A fin de cuentas, según nuestras deducciones, el círculo de sospechosos no es demasiado amplio.

—Es amplísimo, señor comisario.

—¿De veras? —se sorprendió Delavert.

—Se me ha ocurrido que todo esto lo está haciendo una persona que no es de la familia: un cómplice desconocido, siguiendo las indicaciones del... director de escena. Como usted comprenderá, si esto es así, no será nada fácil localizar al «fantasma» que está utilizando el abrecartas.

—Según eso, el director de escena puede ser un miembro de la familia, en efecto, pero está utilizando a alguien que no puede ser relacionado con tos Villegly.

—Lo segurísimo es que Ariadne Villegly no ha matado a nadie a cuchilladas.

—Dando por buena su teoría, Jourdain, deberíamos encontrar el modo de conseguir que el director de escena se delatara, ¿no le parece?

—Eso no será fácil; es cualquier cosa menos tonto.

—Usted tampoco lo es —sonrió Delavert—, así que tengo la certeza de que se le ocurrirá algo positivo. Dando por sentado de nuevo que el director de escena sea un miembro de la familia..., ¿cuál sería el sospechoso ideal?

—Cuantos más miembros de la familia vayan muriendo, más dinero les corresponderá a los supervivientes de la herencia, así que todos se van beneficiando... Los que quedan, claro. Ahora bien, el más beneficiado, en líneas generales, es Martin Villegly, pues él, además de una cantidad cada vez mayor de dinero, va a heredar la villa y toda una serie de prebendas anexas. Le calculo unos sesenta y cinco años como máximo, pero, claro, ya va siendo mayor... Ariadne Villegly gozaba, según parece, de una salud magnífica..., hasta el punto de que podía haber vivido diez o quince años más. Una rutinaria lógica nos llevaría a la conclusión de que Martin Villegly pudo cansarse de esperar la herencia..., y la aceleró.

—¿Sin conformarse, posteriormente, con su parte, sino queriendo cada vez más?

—Eso parece. Pero tengo el presentimiento de que la cosa no puede ser tan simple. El director de escena tiene que saber que no está tratando con tontos, y que estas conclusiones, forzosamente, se nos tienen que ocurrir. Lo que a su vez, significaría que se considera completamente a salvo de cualquier teoría o pesquisa.

—¡Caramba, Jourdain...! No parece usted muy optimista en esta investigación, lo que me sorprende mucho: generalmente, afronta los casos con gran confianza en sí mismo.

—Tengo confianza en mí mismo, señor comisario. Pero lo mismo le sucede al director de escena. Estoy convencido de que él está seguro de que todo terminará a su gusto, quedando completamente a salvo.

Delavert aplastó su cigarrillo en un gran cenicero de cerámica, y miró con seca sonrisa a Jourdain.

—¿Se lo va usted a permitir? —deslizó amablemente.

—No, señor —gruñó Hilaire Jourdain.

—Eso me tranquiliza. Pero tenga usted cuidado, Hilaire.

—¿A qué se refiere, señor?

Delavert miró el informe del forense que tenía sobre la mesa, referente a los cadáveres de Colette Villegly y su hija Hélène. Ya lo habían leído todos, ya sabían cómo habían muerto las dos. Nada misterioso, todo era como había parecido cuando Jourdain encontró los cadáveres: una primera cuchillada certera terriblemente brutal, que había matado en el acto, y luego un ensañamiento feroz, como había sucedido con Blanche Mirepoix..., y como podía haber sucedido con Maxine Villegly.

—Creo recordar —murmuró por fin Delavert— que la anciana señora Villegly, tenía, en el momento de su muerte, ochenta años.

—Sí, exactamente.

—Bien. A decir verdad, yo estaría mucho más tranquilo si tuviera usted que enfrentarse a ella, muerta o viva. Pero dudo mucho que eso ocurra, que tenga usted enfrente a un ser humano o a un fantasma de ochenta años: quien está manejando ese abrecartas tiene una potencia física poco corriente. Bien, estoy tratando de decir...

—No se preocupe, señor comisario —se tocó Hilaire la cintura, hacia el costado izquierdo—; estoy preparado para repeler cualquier agresión.

—Espléndido. Pero quedaré mucho más tranquilo si Puget, ya satisfecho de sus investigaciones en torno a la doctora Mirepoix, se convierte en su acompañante inseparable.

—Señor comisario, no necesito...

—Acabo de dar una orden —sonrió Delavert—. Y ahora, van a perdonarme ambos, pero tengo otros asuntos que atender. Buenas tardes.

Segundos más tarde, los inspectores Puget y Jourdain salían del despacho del comisario Delavert.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Puget.

—Hilaire miró su reloj de pulsera. Eran las cuatro y diez minutos.

—Iremos a Villeneuve St. George. Les dije a los Villegly que estaría allí a las cuatro..., y espero que ellos también hagan lo mismo.

CAPITULO VII

—Entonces —murmuró Martin Villegly—, podemos proceder al sepelio mañana mismo, ¿no es así, inspector?

—Sí —asintió Hilaire—. El departamento forense ha terminado su cometido, de modo que pueden disponer de... de sus familiares. Si en algo puedo ayudar...

—No —negó Martin—. Estuve esta mañana ocupándome de eso en el pueblo, de modo que bastará una llamada para acordar el día y la hora; lo demás está ya acordado. No me parece que debamos alargar mucho la cuestión, creo... creo que Colette y Jeannine estarán mejor en nuestro panteón que en el depósito. Bueno, es una tontería decir esto. Lo que quiero decir...

—Se comprenden sus buenas intenciones, señor Villegly.

Y ciertamente, no tiene objeto que sus familiares permanezcan en el depósito más tiempo del necesario. En cambio, la doctora Mirepoix, al no haber sido reclamado por nadie su cadáver, está realizando un proceso más largo.

—¿Qué harán con ella? —murmuró Maxine.

—El juzgado correspondiente de París se encargará de tramitar su entierro y proceder a él, naturalmente —la miró Hilaire—. Es lo que se hace en estos casos.

—¡Pobre Blanche! —Exclamó Jeannine—. No entiendo por qué ha tenido que ocurrirle esto.

Todos la miraron. Hilaire con una pizca de incontenible sorpresa. ¿Era realmente así de tontita la bella Jeannine? ¿Verdaderamente no se le ocurría nada al respecto? ¿Ni a su marido, el atractivo Roger Magnac, que al parecer no había cambiado impresiones con ella?

—Tenemos que marcharnos ya —dijo Hilaire, aludiendo también a Puget, que permanecía en pie cerca de la puerta del salón, en silencio, mirando a unos y otros—. Ya saben que si ocurriese algo inquietante, afuera han quedado algunos gendarmes a su disposición.

—Se van a helar de frío —dijo Paul Laurent—. Todavía está nevando, y por la noche...

—Disponen de dos coches con calefacción —le miró amablemente Hilaire —, y creo que se las arreglarán bien para no pasar frío. Como fuere, están cumpliendo con su trabajo, simplemente.

—No nos tranquiliza usted mucho, la verdad —refunfuñó Roger Magnac —, El hecho de dejar ahí fuera unos cuantos hombres nos hace comprender que piensa que el fantasma puede atacar de nuevo en cualquier momento.

—Esperemos que no lo haga, señor Magnac. Buenas noches a todos.

Saludó con la cabeza, y se dirigió hacia la puerta. Puget salió precediéndole, y cuando Hilaire apenas lo había hecho, Maxine le alcanzó, y le asió de una mano.

—¿Qué tendría de malo que te quedases a cenar con nosotros? —preguntó la muchacha.

—Nada. Pero no me parece que las circunstancias sean apropiadas.

—Me parece que tienes razón. ¿Nos veremos mañana?

—Por supuesto.

Maxine sonrió, se acercó más a Hilaire, y le besó en los labios. Luego, tras mirarle intensamente, regresó al salón con sus familiares.

—A propósito —preguntó Puget, muy amable—, ¿no sería mejor que la señorita Villegly estuviese esta noche también protegida como la anterior? Quiero decir, directamente protegida por un...

—Puget; cierre su bocota.

—Era sólo una broma —sonrió Puget.

—Váyase al cuerno.

—No es eso lo que me ordenó el señor comisario, sino permanecer cerca de usted.

—Es una tontería ocupar dos hombres como nosotros en un solo caso.

—¿Por qué no le dijo eso a Delavert?

Hilaire encogió los hombros, y se dirigió hacia la puerta de la hermosa mansión. De pronto, giró hacia la derecha, y caminó por el pasillo que llevaba a las dependencias de la servidumbre. Pegado a su costado, Puget le miró con curiosidad, pero se abstuvo de preguntar nada.

Cuando entraron en la cocina, los tres criados estaban en ésta, conversando, mientras Marie terminaba de preparar la cena, que serviría inmediatamente. Tanto Marie, como Gaston y Honoré, se quedaron mirando expectantes a los dos policías.

—¿Cómo está, Marie? —Sonrió Hilaire—. ¿Se encuentra completamente restablecida?

—Sí, sí, señor... Es usted muy amable.

—Me alegro de que esté bien. El inspector Puget y yo nos vamos, de modo que podrán servir la cena en seguida. Mmm... Marie, ¿podría ver la llave del panteón que, según entiendo, deben tener ustedes en la cocina?

—Sí, señor —se acercó la mujer a una sólida puerta de madame en un lado de la amplísima cocina—. Está aquí, con otras llaves de otras dependencias de la villa.

Señaló el manojo de llaves que pendía de un grueso gancho clavado en un lado de la puerta, y acto seguido, con un dedo, alzó un poco la llave del panteón. Hilaire se acercó a mirarla. Luego, miró la gruesa puerta.

—¿Adónde está da esa puerta? —preguntó.

—A la bodega.

—¡Ah! Claro... ¿Bajan a ella con frecuencia?

—Últimamente, no. Sólo cuando hay visitas bajo a buscar algunas botellas de vino. Por lo demás, ya sabe usted que Madame sólo bebía pernod, por la tarde casi siempre.

Hilaire asintió, y luego miró la puerta del fondo.

—¿Esa puerta da a la parte de atrás de la casa, es la de servicio?

—Sí, señor. Se sale directamente al jardín. Por ahí entramos todas las compras de la casa.

—Comprendo —Hilaire miró a los dos criados. Gaston y Honoré, que permanecían silenciosos, mirándole atentamente—. Me gustaría ver también la llave que según entiendo debe estar en el garaje... ¿Es posible?

—Desde luego —asintió el fornido Gaston—. Puedo acompañarlos al garaje si lo desea, inspector.

—Se lo agradecería. Podemos salir por ahí, se le parece bien —señaló la puerta de servicio.

Cinco minutos más tarde, vista la llave del panteón en el garaje, Hilaire y Puget se despedían de Gaston, y se encaminaban hacia el coche, estacionado delante de la casa. Puget esperó a que ambos estuviesen sentados en el vehículo, Hilaire ante el volante, y masculló:

—¿Acaso esperaba que faltase alguna llave, Jourdain?

—No. Sólo quería conocer un poco mejor la casa... y sobre todo, que la conociese usted, mi querido Puget.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Mañana por la mañana, según entiendo, se procederá al sepelio de Colette Villegly y su hija Hélène, naturalmente, en el panteón familiar, que está allá, entre los pinos —señaló Hilaire—. Como es lógico, tanto los familiares como los criados estarán allá no menos de veinte minutos, entre unas cosas y otras. Espero que tenga usted tiempo suficiente con veinte minutos, Puget.

—Suficiente..., ¿para qué?

—Para bajar a echar un vistazo a la bodega.

Puget quedó un instante desconcertado. Luego, lanzó una exclamación.

—Sacré! ¿Qué cree que puedo encontrar en la bodega? ¿El cadáver de Ariadne Villegly, tal vez?

—En algún sitio ha de estar, ¿no?

—Sí, claro, pero... ¡en la bodega!

—Dígame otro sitio, por estos alrededores, que sea tan seguro, tan discreto, y que además tenga una temperatura... adecuada.

—¡Demonios! ¡Si cree usted que el cadáver puede estar ahí abajo, todo lo que tenemos que hacer...!

—No, Puget. Sé que podríamos bajar a la bodega con una docena de hombres, y, si el cadáver está escondido ahí abajo, lo encontraríamos. Pero eso no es lo que quiero, sino encontrarlo... sin que se sepa que lo hemos encontrado.

—¿Por qué?

—Porque de este modo, quien lo puso ahí no se inquietará, y nosotros, que estaremos vigilando, lo sorprenderemos cuando vuelva a buscarlo..., si es que, realmente, el cadáver está en la bodega.

—Supongamos que esté en la bodega, ¿por qué habrían de volver a por él?

—La desaparición del cadáver está destinada a hacernos creer que el fantasma más o menos corpóreo de Ariadne Villegly anda por ahí tomando venganza. Una vez cumplida ésta, podemos suponer que el fantasma volverá a su tumba, tranquilo y satisfecho. Espero no darle más oportunidades al fantasma para que mate a nadie, pero supongamos que, pese a todas nuestras precauciones, lo hace. Vamos a dar por supuesto que desde este mismo momento, o más adelante, considera cumplida su venganza: tendrá que volver a la tumba.

—Pero ¿por qué? —insistió Puget.

—Para que lo encontremos, le hagamos la autopsia, descubramos que Ariadne Villegly fue asesinada, y comencemos a pensar seriamente que, en definitiva, todo esto no ha sido otra cosa que la auténtica venganza de un auténtico fantasma.

—Bon Dieu —tartamudeó Puget—. ¡Eso es diabólico!

—Vamos a cenar algo por ahí —dijo Hilaire, poniendo el motor en marcha —. Luego volveremos, y nos apostaremos por aquí, para colaborar con los gendarmes. Si alguien pretende entrar en la villa, lo veremos.

—¿Y si el «fantasma» ya está dentro?

—Si está dentro, no podrá salir sin que lo veamos —lo miró amablemente Hilaire—. No olvide que emite una luz verdosa, o sea, que no puede pasar desapercibido..., a menos que «apague» ese resplandor. Sea como sea, lo veríamos salir, o nosotros mismos o los gendarmes. Él lo sabe, así que no saldrá.

—Pero puede dedicarse a continuar la venganza.

—No puede estar tan loco, se comprometería demasiado cometiendo otro asesinato ahí dentro.

—Eso es cierto —admitió Puget—. O sea, que tendrá que esperar otra ocasión.

—Si nosotros le damos la oportunidad —asintió Hilaire—. Bien, vamos a ver qué clase de cena encontramos en Villeneuve St. George lo suficientemente agradable como para hacernos olvidar aunque sea por unos minutos este maldito asunto.

—Creo que cenaré algo de paté. Con vino Beaujolais.

—No es un vino maravilloso, pero podríamos beberlo también con una buena ración de camembert —sugirió Hilaire.

—Demasiado para los pobres —rió Puget.

* * *

—Es muy tarde —dijo Martin Villegly, tras echar un vistazo al reloj de pie del salón—, y mañana tenemos muchas cosas que hacer. Será mejor retirarnos para descansar.

—¿Con qué objeto? —Gruñó Paul Laurent—. Me parece que ninguno de nosotros va a poder dormir esta noche. ¡Ni muchas noches!

—Tienes razón —admitió Martin—, pero es preferible no hablar de esto, Paul.

—Bueno, no hablemos de eso, pero tampoco hablemos de dormir. Yo no podría, desde luego. ¿Y tú, Maxine?

La muchacha movió negativamente la cabeza. Los criados se habían retirado hacía rato, dejando a la familia en el salón, conversando de sus cosas. Cosas poco agradables, ciertamente, ya que, con toda lógica, el tema de conversación sólo podía ser uno: el fantasma, el aliento de ultratumba de Ariadne Villegly, y, sobre todo, los espantosos asesinatos.

—Y hay otra cosa —deslizó sombríamente Roger Magnac—: mientras estemos todos juntos no es probable que ocurra nada... ¿Me das un cigarrillo, Paul?

—Claro... Tengo... ¡Vaya, el paquete está vacío! —Paul Laurent arrugó el paquete entre sus dedos—. No importa, tengo más tabaco arriba, en mi maleta. Subiré a buscarlo.

—Me parece que a mí me quedan algunos cigarrillos en el bolso —dijo Maxine—. No hace falta que te molestes.

—Si seguimos charlando aquí, tendré que subir, de todos modos, pues te los terminaremos. Subiré a por ellos.

—¿Quieres que te acompañe? —sugirió Roger.

Paul Laurent se quedó mirándolo con gesto de pasmo. Acto seguido, sonrió secamente.

—Vamos, Roger, ¿hablas en serio?

—Hombre, no sé... Creo que cuanto menos estemos solos cada uno de nosotros, mejor.

—Quizá. Pero no desorbitemos las cosas, ¿quieres? Los fantasmas no existen, y nadie puede llegar desde el exterior sin ser visto por los gendarmes que nos han colocado el avispado inspector Jourdain. Me parece que ya somos todos mayorcitos para estas cosas.

—Se nota que tú no lo viste, Paul —murmuró Maxine.

—No, no lo he visto..., por fortuna para el fantasma, desde luego. Es curioso que hasta ahora sólo se le haya aparecido a mujeres, ¿os dais cuenta? Blanche, Marie, Maxine, tía Colette, prima Jeannine. Sólo mujeres.

—¿Te parece que el inspector Jourdain es una mujer? —le miró irritada Maxine.

—Ciertamente que no. Y tuviste suerte de estar con él, es evidente. Aunque no me parece que tu comportamiento fuese muy... adecuado, recién asesinada la pobre Blanche.

—La pobre Blanche no era para mí más que la nueva médico de mi abuela, con la que no tenía precisamente grandes y cordiales relaciones de amistad. Si tuviese que supeditar mi vida y mis alegrías a las cosas que les ocurren a los demás, siempre estaría afligida, mi querido primo.

—Maxine tiene razón —masculló Martin.

—Supongo que sí —Paul se encogió de hombros—. Bueno, no sé si lo del

inspector Jourdain y Maxine va en serio, pero por mi parte encantado: siempre es bueno tener un policía en la familia... Voy a por el tabaco.

Salió del salón. Martin Villegly, que estaba mirando con gesto amable a Maxine, preguntó:

—Va en serio, ¿no es cierto, Maxine? Lo del inspector, quiero decir. Conociéndote, sé que no puede ser de otro modo.

—Es un hombre muy guapo —intervino Jeannine—. Y no parece tosco, desde luego. Incluso diría que todavía huele a universidad. Y a lo mejor, hasta tiene fortuna propia.

—Me parece que no —negó Maxine—. Lo de la universidad sí tiene que ser cierto, aunque todavía no se lo he preguntado, pero de dinero, nada: su sueldo.

—Sueldo de policía —dijo Roger—. Bueno, menos mal que tú no necesitas que ningún hombre te mantenga. Esperemos que tu policía no sea de esos machos integrales que se niegan a que su mujer aporte dinero a la familia.

—La verdad es que Hilaire no me parece tan tonto —sonrió desganadamente Maxine.

—No, no lo es —murmuró Martin—. Yo diría que es un muchacho inteligente. Me recuerda...

La luz se apagó.

Súbitamente, todo quedó a oscuras. Y en la oscuridad, se oyeron los respingos de los dos hombres y los gritos agudos de Maxine y Jeannine. Sobre todo de esta última, cuyo tono histérico se dejó oír inmediatamente:

—¡Roger, Roger...!

—Calma, querida, calma... Estoy aquí...

—¡Oh, Dios mío...!

—Debe tratarse de un cortocircuito —sonó la tensa voz de Martin Villegly —. ¡Esta vieja casa...! Lo primero que haré cuando venga a ocuparla será renovar todo el...

Apareció el resplandor verde, precisamente junto a Martin Villegly, que se atragantó con sus propias palabras. La luminosidad se extendió de pronto, provocando un nuevo gritito histérico en Jeannine y una exclamación en los demás. Y a esa luz verdosa, todos vieron a Martin Villegly ponerse en pie de un salto, de color verde su crispado rostro, relucientes los ojos desorbitados.

—¡No os mováis de ahí! —Llegó la voz de Paul, desde el vestíbulo—. ¡Iré a echar un vistazo a los fusibles!

El «fantasma» había alzado un brazo y se vio el relucir dorado y verdoso del abrecartas de oro. Martin Villegly abrió la boca, extendió las manos por delante de él.

SSSSEEEE-SSEEE, se oyó el aliento de ultratumba.

Y el abrecartas descendió poderosamente, pasó por entre los brazos de Martin Villegly y se hundió brutalmente en su pecho. El abrecartas fue retirado en seguida, y brotó el chorro de sangre que pareció de color verde.

Jeannine se desmayó entonces, cayendo al suelo, pues Roger la había soltado. Maxine estaba encogida en el sillón, gritando, paralizada por el terror...

—¿Qué pasa? —Llegó la voz de Paul Laurent—. ¡No os mováis! ¡Voy en seguida!

Mientras sonaban las palabras de Paul Laurent fuera del salón, en el interior de éste el «fantasma» volvió a clavar el abrecartas en el pecho de Martin Villegly cuando éste caía sentado de nuevo en el sillón que había estado ocupando. Afuera comenzaron a oírse los silbatos policiales. Maxine estaba alcanzando la cota de la histeria. Todo lo que podía hacer era gritar, teñido de verde su desencajado rostro.

Todavía otra vez se hundió el abrecartas en el pecho de Martin Villegly, y esta vez quedó allí hundido cuando el cuerpo se deslizó pesadamente al ser removido por el fortísimo impacto. Roger Magnac, que había corrido hacia el mueble, abrió un cajón de éste, metió la mano dentro y se volvió.

En su mano relució el revólver.

¡Pack, pack, pack, pack...!, restallaron secamente los disparos entre los silbatos policiales, los gritos de Maxine...

También el «fantasma» gritó, se estremeció primero, retrocedió después, giró al recibir el tercer impacto, se desplomó al recibir el cuarto. El bulto de verdoso resplandor cayó al suelo, y, en el acto, la luminosidad desapareció, todo quedó de nuevo a oscuras.

Desde el vestíbulo, llegaban ahora las asustadas voces de

Marie, Honoré y Gaston. En la puerta de la casa resonaban los golpes de los policías, que lógicamente se habían dado cuenta de que la luz se había apagado en toda la casa, y se habían apresurado a interesarse por ello.

—¡Abran la puerta! —Llegó la voz de Jourdain—. ¡Abran la puerta inmediatamente!

Dentro del salón, se oían los sollozos de Maxine. Jeannine seguía desvanecida en el suelo, cerca de donde había rodado el cadáver de su padre. Roger Magnac se movió en la oscuridad, y consiguió llegar a la puerta sin tropiezos.

—¡Gaston! —gritó con voz destemplada—. ¡Abra la puerta a la policía! ¡Honoré, vea qué ha ocurrido con los fusibles, busque una linterna, o lo que sea! ¡Marie, venga aquí!

Se oyeron gritos, pasos. Marie lanzó un alarido cuando, en la oscuridad, tropezó con Roger Magnac, que a su vez lanzó una exclamación de sobresalto. Se oyó ruido en la puerta, que fue abierta por fin. Llegó una difusa claridad de nieve, pero, sobre todo, de repente, las luces de un par de potentes linternas.

Y la voz de Hilaire Jourdain:

—¡Los demás quédense fuera! ¡Que no salga nadie de la casa! ¡Puget, usted en la puerta! ¡MAXINE!

Los haces de luz recorrían rápidamente el amplio vestíbulo de la casa.

Iluminaron a Gaston, a Roger Magnac como sosteniendo a Marie en la puerta del salón...

—Maxine está dentro —sonó la voz crispada de Roger—. Ella está bien... ¡Dios!

Hilaire pasó por su lado, mientras Puget se acercaba a Magnac y le quitaba el revólver de entre sus rígidos dedos. Dentro del salón, Maxine se abrazaba a Jourdain, mientras éste observaba el cadáver de Martin Villegly dentro del círculo de su linterna. El policía se estremeció, y esto aumentó el histerismo de Maxine, que parecía dispuesta a retenerle a toda costa, a no soltarlo por nada del mundo.

La luz volvió al instante, pero se apagó de nuevo en seguida.

—¿Qué demonios pasa? —gritó Jourdain.

Oyó la voz de Honoré, pero no entendió lo que dijo. Marie seguía sollozando abrazada a Magnac, y Maxine lo hacía aferrada a Hilaire Jourdain, que optó por llevarla fuera del salón y dejarla también en brazos de Roger Magnac.

—Quédese con ellas, señor Magnac. No se muevan de aquí... ¡Ferrixer! ¡Ferr...!

—¡Estoy aquí, señor inspector! —apareció un gendarme.

—Usted entiende de esto... ¡Vea si puede arreglar la luz de una maldita vez!

—Sí, señor, en seguida.

Hilaire Jourdain regresó al interior del salón. La luz de su linterna iluminó el cuerpo de Jeannine; comprendió en el acto que sólo estaba desvanecida, y dirigió entonces la luz hacia donde había visto el sangrante cadáver de su padre..., pero de pasada, el círculo de luz reveló un bulto caído en el suelo, y Jourdain se apresuró a acercarse. Vio el cuerpo de un hombre, revuelto con algo que parecía un impermeable de plástico. Retiró éste, y la luz dio de lleno en el rostro de expresión desencajada de Paul Laurent Villegly.

CAPITULO VIII

El comisario Delavert llegó apenas una hora más tarde, y fue recibido por Hilaire Jourdain en la puerta de la casa. Seguía nevando mansamente, dulcemente. La aguda mirada del veterano policía vio en seguida la puerta cerrada del salón, y al gendarme de custodia.

—¿Y bien, Jourdain? —exclamó—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están todos?

—Tengo a los supervivientes en el despacho, señor comisario. Están aceptablemente bien, excepto la señora Magnac, que tiene una crisis nerviosa importante.

—No creo que tarde en llegar el médico, con todos los demás. ¡Quiero saber qué ha ocurrido!

—Sí, señor. Pero antes de explicarle nada, señor comisario, le ruego que me acompañe. Venga, por favor.

Hilaire señaló hacia la escalinata que conducía al piso destinado a dormitorios, Delavert le siguió. Se detuvo cuando lo hizo Jourdain señalando uno de los escalones, donde había un objeto.

—¿Qué es esto? —gruñó.

—Un magnetófono de pilas.

Hilaire se acercó al pequeño aparato y lo puso en marcha. Ya lo tenía preparado para presentarle la explicación a su superior, de modo que éste oyó en seguida la voz de Paul Laurent:

—¡No os mováis de ahí! ¡Iré a echar un vistazo a los fusibles! —transcurrieron unos segundos, y de nuevo la voz de Laurent—. ¿Qué pasa? ¡No os mováis de ahí, voy en seguida!

Hilaire tomó de un brazo al comisario y lo condujo hacia el salón, cuya puerta abrió el gendarme al verlos acercarse. La iluminación era ya normal en la casa, de modo que Delavert vio en seguida los dos cuerpos que yacían en el piso. Palideció al ver el aspecto de Martin Villegly, y miró con expresión desorbitada a Hilaire, que no estaba mucho más sereno, precisamente.

—Ha sido espantoso —murmuró Hilaire—. ¡Los que han visto lo sucedido aquí no lo olvidarán nunca! Vea, señor comisario.

Se acercaron los dos al cadáver de Paul Laurent, todavía con el impermeable perforado a balazos sobre él. En el suelo, junto al cuerpo de Paul Laurent, se veía una linterna. Hilaire la accionó y Delavert vio el leve tono verdoso de la luz emitida.

—¿Ha sido él? —susurró el comisario.

—Sí, señor. Primero se hizo ver por Marie, imitando más o menos una voz femenina prácticamente imposible de identificar, pero la pobre mujer, influenciada por sus palabras, creyó firmemente que se trataba del fantasma de Ariadne Villegly. Luego fue a asesinar a Blanche Mirepoix, que sin duda lo esperaba, pues debía ser cómplice de él...

—¿Cómo puede estar seguro de esto? —exclamó Delavert.

—Acompáñeme, por favor.

Se incorporaron los dos y salieron del salón, en dirección a la cocina, mientras Hilaire proseguía con la explicación.

—Después de Blanche Mirepoix, quiso matar a Maxine, pero allí no tuvo éxito, aunque logró salir bien librado. Ante este fracasado intento, fue a por Colette Villegly y su hija... Ya sé, ya sé que estaba en su apartamento cuando Maxine le llamó, pero es porque había regresado a él a toda prisa, pues debió comprender que podía llamarlo. Después de contestar a la llamada, fue a la prefectura..., pero pasando antes por el estacionamiento de Colette Villegly, pues lógicamente, ellas debían coger un coche para desplazarse a la prefectura. Las mató, siempre en plan «fantasma», por si algo fallaba en algún momento (como sucedió con Maxine) que nadie pudiese mencionarlo a él, que nadie viese a Paul Laurent, sino a un fantasma..., que no era otra cosa que un impermeable y una linterna con luz verde. Como le decía, antes de llegar a la prefectura, pasó a matar a Colette Villegly y a su hija, siempre con el abrecartas de su abuela, que por supuesto tomó del escritorio días antes, ya muerta la anciana. Ha ido eliminando gente por este orden: primero, Blanche Mirepoix, su cómplice que podía comprometerlo más adelante...

—Jourdain, eso no se sabe con seg...

Ya estaban en la cocina. Hilaire abrió la puerta de la bodega, pasó al descansillo al principio del tramo de peldaños, y encendió la luz. El comisario Delavert vio en el acto, tendido en el final del tramo, aquel cuerpo que parecía cubierto con un camisón blanco. Y vio los cabellos, casi tan blancos como el camisón.

—Mon Dieu —jadeó—. ¿Es la anciana señora Villegly?

—En efecto. Pero venga a ver su rostro, señor.

Bajaron. Cuando Delavert vio el rostro de Ariadne Villegly se estremeció. El cadáver tenía taponadas las fosas nasales y la boca, pero el hedor a muerte era terrible. Y sin embargo, había en el rostro del cadáver de la anciana una extraña, sobrecogedora sonrisa, que parecía... pintada, moldeada...

—No..., no comprendo...

—El gendarme Ferrier encontró una especie de horquilla metida en un enchufe de la casa, bajo los escalones que llevaban al piso de arriba. No importaba que alguien arreglase o cambiase los fusibles, éstos siempre se fundían de nuevo, debido al cortocircuito que provocaba la horquilla, Ferrier la retiró, reparó los fusibles, y ya tenemos luz. Naturalmente, la horquilla la colocó Laurent cuando dijo que iba a su dormitorio a buscar el tabaco. Luego, puso el magnetófono en marcha, y entró en el salón, sin encender la linterna. Todos hablaban excitados, asustados. Cuando habló Martin Villegly, el... fantasma apareció, con su luz verde. Es claro que Laurent ya estaba en el salón, esperando el momento. Y mató a su tío Martin. Su intención era salir luego a toda prisa del salón, recoger la horquilla y el magnetófono, esconderlo todo, y arreglar los fusibles, encaminándose entonces al salón. ¿Quién podía sospechar de él si todos habían oído su voz mientras el «fantasma»

acuchillaba a Martin Villegly? Parecería todo, realmente, cosa del fantasma de Ariadne Villegly..., sobre todo cuando, posteriormente, encontrásemos por fin su cadáver aquí, con esta sonrisa..., que parece de satisfacción.

—Pero esto... es una locura...

—Locura o no, así estaba preparado todo. Parecería que la anciana se había vengado, por fin, y que luego, regresando a su escondite en la bodega, había... «muerto» definitivamente. Ahora disponemos del cadáver, y estoy seguro de que cuando le hagan la autopsia descubrirán que Ariadne Villegly fue envenenada, que no murió de un colapso, como certificó Blanche Mirepoix. De modo que tendríamos que llegar a la siguiente conclusión irrebatible: Blanche Mirepoix, en complicidad con Martin Villegly, y al parecer con Maxine, Colette y Hélène, decidieron acelerar la herencia, y asesinaron a Ariadne Villegly. De modo que, luego, la anciana, convertida en fantasma, se dedicó a vengarse. Es decir, que si hubiesen muerto todos los que Laurent proyectó asesinar, ahora quedarían vivos él y los Magnac nada más. Es decir, él y Jeannine, ya que Magnac no es heredero directamente. De modo que Paul Laurent se había visto dueño y señor de la villa y sus problemas... y once millones de francos en efectivo. Y todos culparían al «fantasma», no habríamos encontrado ninguna prueba contra él. Por fortuna, Roger Magnac, según ha confesado hace unos minutos, estaba más asustado de lo que parecía, y cuando estuvo en París esta mañana se procuró una pistola, que escondió en el salón. Y cuando apareció el fantasma fue a por ella y lo... mató.

—Parece imposible... que todo esto lo haya podido planear una persona. O sea, que todo fue obra de Paul Laurent en complicidad en complicidad con la doctora Mirepoix.

—La cual era su amante, aunque muy discretamente. No obstante lo cual, ya utilizados sus servicios al procurarle veneno a Laurent y certificar luego la muerte por colapso de Ariadne Villegly, Paul Laurent puso en marcha su plan para eliminar a su cómplice y luego a toda su familia prácticamente... a cargo del «fantasma», claro.

—Bien... Ha sido un buen trabajo, Hilaire. Todo solucionado. Enhorabuena.

En los oscuros e inteligentes ojos de Hilaire Jourdain hubo un lento parpadeo.

—Muchas gracias, señor comisario —murmuró.

* * *

Una semana más tarde, el inspector Hilaire Jourdain detenía su coche frente a la hermosa villa de los Villegly, cerca de Villeneuve St. George... Se apeó y corrió hacia la casa, bajo la fina y densa lluvia vespertina que lo convertía todo en sombras. Se veía luz en el garaje, a unos treinta o cuarenta metros de la casa, donde alguno de los criados debía estar trabajando.

La puerta la abrió Roger Magnac, que alzó las cejas con gesto de grata sorpresa al ver al policía.

—Inspector Jourdain, ¡qué sorpresa!

—¿Qué tal, señor Magnac? Espero no molestar.

—Pues..., no, en absoluto. Ah, pero si busca a Maxine, ella está en París, usted debería saberlo...

—Lo sé —sonrió Hilarie, entrando en la casa a un gesto invitador de Roger —. Está comprando algunas cosas. Y si no recuerdo mal, dijo que la acompañaría su esposa.

—Sí, en efecto. Jeannine está con Maxine. Estoy solo en la casa. Marie está en Villeneuve St. George, haciendo no sé qué... ¿Ocurre algo nuevo?

—No, no. No sé si sabe usted ya que encontramos en el apartamento de Paul Laurent un gemelo que hacía pareja con el que fue hallado en el dormitorio de la doctora Mirepoix, lo cual confirma que era él quien, sin duda muy discretamente, a horas poco usuales, solía visitar a la doctora. ¿Sabía esto?

—Pues, no... No.

—Ya ve. Todo está aclarado, definitivamente. Pero no he venido a decirle eso solamente, sino a devolverle su revólver.

Ya no lo necesitamos —Hilaire tendió un sobre grueso y sólido papel a Roger—. Tenga cuidado, todavía quedan algunas balas en el tambor.

—No se preocupe... ¡Dios mío, todavía estoy aterrado por todo lo sucedido!

—Ha sido espantoso, ciertamente. La verdad es que hemos llegado a la conclusión de que Paul Laurent, además de ciego de codicia, debía estar... un poco loco. Claro que su plan era ser brutal para que todo pareciese la venganza de un fantasma implacable, tenía que ser... espectacular... Bueno, ha sido horrible, sin duda, así que deberíamos hacer lo posible por olvidarlo. Ah, señor Magnac, ¿me permitiría usted telefonear?

—Naturalmente. Estaba en el despacho, intentando aclararme con todos los trámites legales que tengo que afrontar... y que debía haber afrontado mi pobre suegro. Bueno, espero salir adelante... Vea por dónde, me encuentro con una villa fastuosa y un montón de dinero que administrarle a mi mujer.

—Bueno, hay cosas peores, ¿no?

Magnac se encogió de hombros, y señaló hacia el despacho. Entraron los dos, Magnac fue a sentarse tras la mesa, y Jourdain se acercó al teléfono, colocado en una esquina de aquélla. Roger Magnac encendió un cigarrillo y luego rompió la bolsa de papel y sacó su revólver, que todavía llevaba una etiqueta colgando. Hilaire marcó el número y, en el silencio del despacho, incluso Roger Magnac oyó la señal de que el otro estaba comunicando.

—Vaya —refunfuñó Hilaire—. ¡Ahora está comunicando!

—Puede llamar dentro de un par de minutos... ¿Le apetece una copa de coñac?

—Pues la verdad, no me vendría mal..., siempre y cuando usted no ande

por ahí diciendo que el inspector Jourdain bebe en horas de servicio.

Rieron los dos, Magnac se puso en pie, y se dirigió hacia el sólido, casi barroco mueble bar. Sacó una botella de coñac, dos vasos, escanció coñac en ambos...

SSSSEEE-SSSEEE... SSSSEEE-SEEE... SSSEEEE- SSSSEEEE...

Roger Magnac quedó petrificado, lívido de pronto. La botella casi se le escapó de la mano. La sujetó fuertemente, con dedos crispados.

SSSS-EEEE-SSSEEEE... SSSEEEE-SSSEEEE...

Magnac dejó la botella y se volvió a mirar a Hilaire, que estaba encendiendo un cigarrillo tranquilamente.

—Roger —se oyó la voz chirriante, susurrante—. Roger, maldito...

Todo vestigio de color desapareció del rostro de Magnac. El inspector Jourdain terminó de encender el cigarrillo y lo miró. Alzó las cejas.

—¿Le ocurre algo, señor Magnac?

Roger le miraba con sus ojos casi desorbitados, sin conseguir reunir fuerzas para contestar.

—Roger, maldito seas —chirrió la voz—. Me traicionaste, perro maldito... Pero volveré..., volveré por ti...

Hilaire se había puesto en pie y se acercaba a Roger, mirándole solícito, un tanto preocupado.

—¿Qué le ocurre, señor Magnac? ¡Está pálido...!

—¿No... oye... usted nada? —jadeó Magnac.

—¿Perdón? No comprendo lo que...

SSSSSSEEEE-SSSEEE... SSSEEE-SSSEEEE...

Magnac no oía lo que le decía Hilaire; sólo oía aquel... aliento de ultratumba. Dio la vuelta, tomó una de las copas y bebió el coñac de un trago.

SSSEEE-SSSEEEE... SSSEEEE-SSSEEE...

Se volvió de nuevo hacia Hilaire gritando:

—¡Tiene que oírlo usted tan bien como yo!

Hilaire Jourdain sonrió, metió una mano en un abrigo de su gabán y sacó un pequeño magnetófono, que seguía emitiendo el aliento de ultratumba.

—¿Se refiere usted a eso, señor Magnac? —Preguntó amablemente el policía; detuvo la marcha del aparato—. No debe preocuparse. Son sólo unas ridículas pruebas que he estado haciendo personalmente tras estudiar detenidamente todos los elementos del caso.

—No... no comprendo...

—Se lo explicaré. En determinado momento de mis generalmente brillantes deducciones policíacas, llegué a la conclusión de que el verdadero director de todo el asunto tenía que ser una persona que no sólo resultase altamente beneficiada, sino que quedase por completo fuera de toda sospecha. Esas personas que han quedado, son tres: Maxine, sobre la cual no tengo duda alguna; su esposa Jeannine, a la que no creo capaz de intervenir ni permitir en modo alguno el asesinato de su propio padre; y usted, señor Magnac. ¿Me comprende?

—No... no.

—¡Vamos...! Usted y Paul Laurent lo planearon todo, para repartirse la herencia y todo lo de los Villegly. Si los planes que Paul Laurent creía sinceros por parte de usted, se hubiesen cumplido, ahora sólo quedarían vivos usted, su esposa, y el propio Paul, que, como es mayor que Jeannine, se habría quedado con la casa y la mitad de la fortuna que se repartirá próximamente, y que asciende nada menos que a veintidós millones de francos. Pero, tal como ocurrió con Blanche Mirepoix, que fue eliminada para evitar sus posibles indiscreciones en el futuro, usted decidió hacer lo mismo con Paul, no sólo para silenciarlo eternamente, sino para quedarse usted con la casa. Y se habría quedado con todo si Paul hubiese matado a Maxine... ¿No es así, señor Magnac? Tras la bien planeada muerte de Martin Villegly, con la que quedaría bien demostrada la... fantasmal venganza de la anciana señora Villegly, usted, muy «valientemente» mató al «fantasma». ¡Qué poco debía esperar esto el pobre Paul, señor Magnac! Casi tendría que felicitarlo a usted, pero su plan tiene un fallo.

—¿Qué fallo? —susurró Magnac, comenzando a caminar como al descuido hacia la mesa del despacho, donde relucía el revólver.

—Que es demasiado perfecto. Prodigiosamente perfecto. Mire, Magnac, yo no creo en cosas sobrenaturales, todo tiene... tenía que poseer una lógica irrebatible. ¿Y qué más lógica que pensar que el asesino se había asegurado de que todo saldría perfecto? Y esa misma perfección le ha delatado a usted... ¿Qué hace?

La exclamación la lanzó Hilaire cuando Magnac llegó al revólver, lo empuñó rápidamente, y le apuntó.

—Es usted demasiado listo, Jourdain —siseó Magnac—. Como ve, eso también va a perjudicarle a usted.

—Espere... Espere un momento, Magnac —imploró Hilaire, tendiendo las manos hacia él—. ¡Se está equivocando, no he venido a detenerlo, ni siquiera pensaba denunciarlo! Sólo... sólo se trata de... un arreglo amistoso.

—¿Un arreglo amistoso?

—Escuche, sólo quiero algo de dinero... Mi silencio por su dinero. Dentro de poco será usted millonario. ¡Sólo quiero un millón de francos, y en lo que a mí respecta, el caso seguirá cerrado tal como se presentó oficialmente hace días!

—Debe estar usted loco —sonrió Fríamente Magnac—. ¿Cree que después de haber matado a Paul voy a permitir que usted siga con vida? ¿Cree que voy a permitir que una persona que conoce todo lo que tanto me costó planear con ayuda del ambicioso Paul y de la obsesa sexual que era Blanche, que sólo vivía para Paul, siga con vida, siempre dispuesta a seguir chantajeándome? Usted también comete errores, Jourdain: este mismo, de venir aquí solo, tan sigilosamente... ¡Oh, claro que sabía que yo estaba solo, esperaba el momento para abordarme, quería dinero...! ¡La insobornable policía francesa!

—Magnac, si me mata...

—¿Qué? ¿Qué pasará si le mato? ¡No pasará nada! Sólo tengo que disparar, bajar su cuerpo a la bodega, meterlo en una de las grandes cubas de vino, y dejarlo allí hasta que dentro de cien o quinientos años esa cuba se rompa, o lo que sea... ¡Y a mí qué me importará nada entonces! ¡No se mueva!

Hilaire Jourdain no hizo el menor caso a Magnac. Fue a la puerta..., mientras Roger Magnac apretaba el gatillo de su revólver..., que sonó a vacío: clic, clic, clic, clic, clic...

Jourdain abrió la puerta del despacho. Allí, en el umbral, estaba el comisario Delavert, el inspector Puget, Marie, Gaston, Honoré... Todos fueron entrando, mientras, como enloquecido, Magnac seguía apretando el gatillo del revólver, siempre en vano.

Hilaire regresó ante la mesa, se quedó mirando al enloquecido Magnac, y movió la cabeza con gesto de pesar.

—No se esfuerce más, Magnac. ¿Aún no ha comprendido que todo ha sido una trampa? No hay balas en ese revólver, naturalmente.

Roger Magnac miró a las personas que habían entrado en el despacho, y que le contemplaban horrorizadas. La verdad tenía que penetrar por fin en su ofuscada mente, toda la verdad de la trampa con testigos que le había tendido el inspector Jourdain.

De pronto, miró a éste con ojos desorbitados, inyectados en sangre.

—Maldito —jadeó—. ¡Maldito seas mil veces!

—Puede maldecirme todo cuanto guste, Magnac. Incluso, después de que haya sido juzgado y ejecutado podrá aparecer a mí siempre que quiera, y lanzarme su aliento de ultratumba. Pero no sé —Hilaire Jourdain sonrió secamente, fríamente—, me parece que nunca conseguirá usted hacerme creer en fantasmas.

ESTE ES EL FINAL

Maxine Villegly abrió la puerta de su apartamento, y sonrió desganadamente al ver a su visitante.

—Buenas tardes, Maxine —murmuró Hilaire Jourdain—. ¿Puedo pasar?

La muchacha se apartó de la puerta, y el inspector entró en el apartamento. Ella cerró la puerta, y lo miró. Sus ojos mostraban todo el horror vivido últimamente por la familia Villegly, pero su belleza era tan deslumbrante que sobrecogió al policía.

—En realidad, sólo he venido a hacerte una pregunta..., si no te molesta —dijo Hilaire.

—Claro que no.

—¿Querrías hacerme un seguro de vida?

Maxine se quedó mirándolo estupefacta.

—Qué? —exclamó.

—No soy ningún bruto, de modo que no tengo la menor intención de quedarme esta noche con la pretensión de tomarme un coñac... En la vida hay momentos para todo, este momento me parece oportuno para hacerme un seguro, sólo eso.

—Pero... si no tienes a nadie a quien nombrar beneficiario...

—Bueno, he pensado casarme. Y aunque mi mujer dispone de una gran fortuna y de una villa preciosa en Villeneuve St. George, yo hago lo que creo correcto. Soy policía, y a lo peor cualquier día me matan en cualquier callejón. Me considero obligado a tener un seguro adecuado, simplemente.

—¿Y si ella no te acepta? —murmuró Maxine.

—Eso es lo que estoy intentando saber —murmuró Hilaire—. Y el mejor modo de saberlo es éste: ¿quieres hacerme un seguro a nombre de Maxine Jourdain, con fecha de... de...?

—¿Te parece bien dentro de quince días? —susurró Maxine

—De acuerdo. Adiós, Maxine...

—Espera —susurró ella, colgándose de su cuello—. Necesito tus datos personales para extender la póliza...

FIN